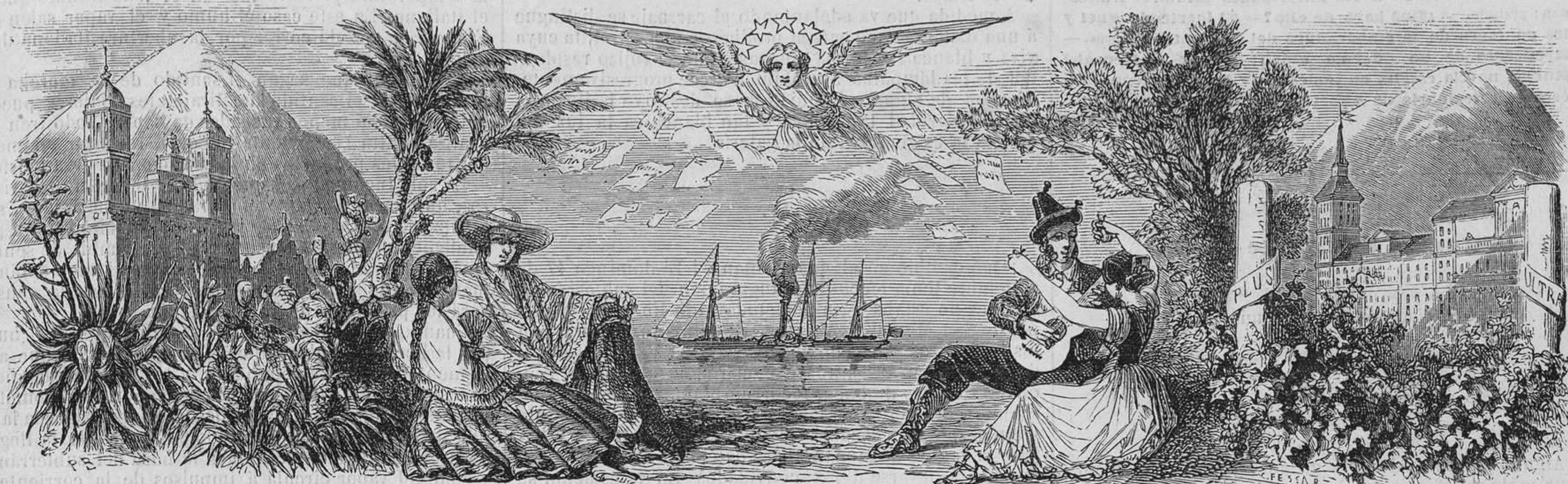


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

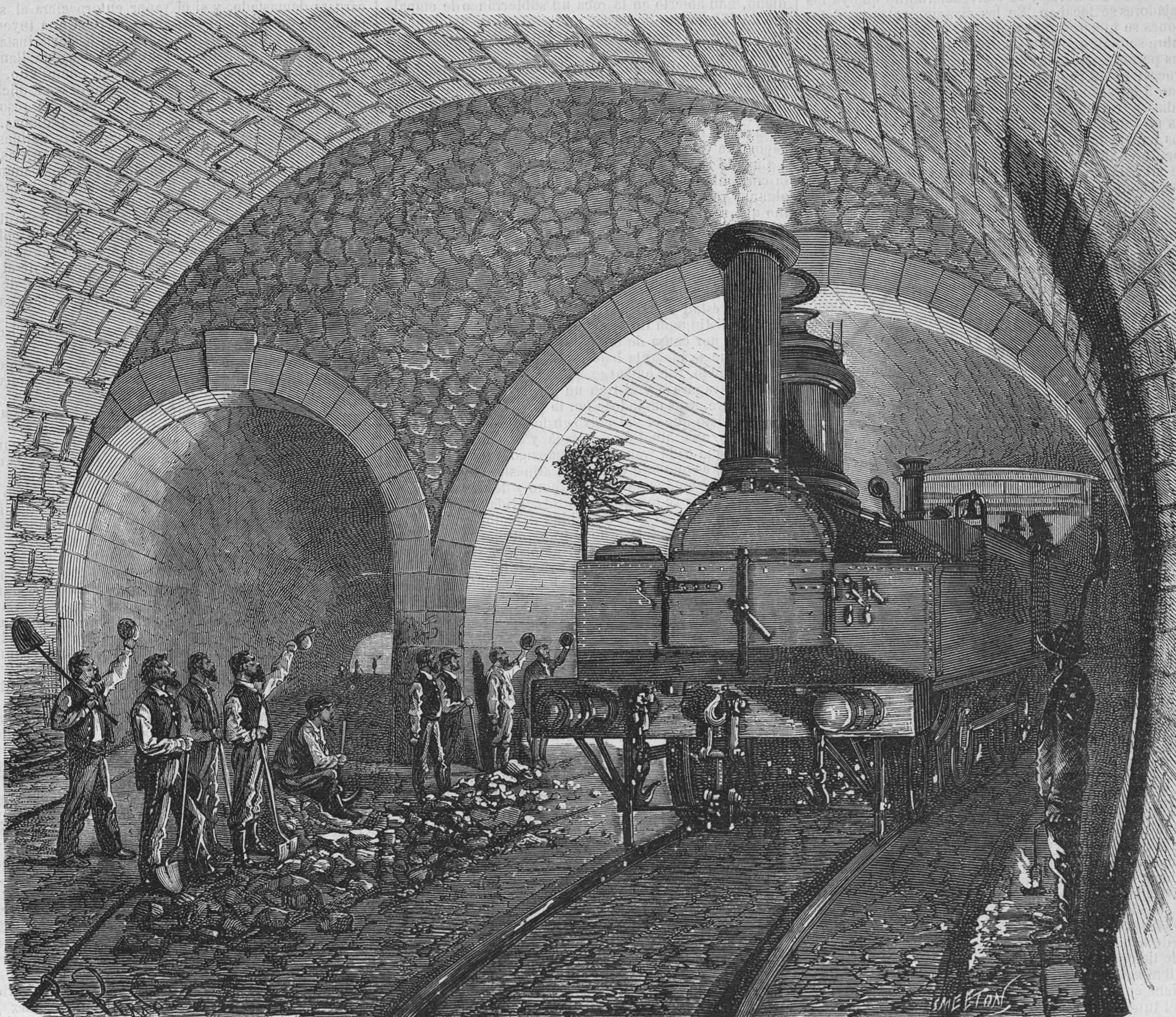


1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 978.

Administracion general y Redaccion: Passage Saulnier, número 4, en Paris.



LA PERFORACION DE LOS ALPES. — La primera locomotiva del Monte Cenis: Vista tomada en la union de la galeria principal con la via de empalme.

SUMARIO.

El tunel del Monte Cenis; grabados. — Poesía. — La Comune ante la Justicia. — Campamento de Villeneuve-Étang; grabado. — Revista de París. — Viajes: El desierto de Libia. — Los campamentos de las inmediaciones de París: La evacuación prusiana; grabados. — Entrega del fuerte de Charenton á las autoridades militares francesas; grabado. — ¿Qué hará de ello? — El fuerte de Enet y los pontones de la embocadura del Charente; grabados. — Recuerdos de un guardia móvil; grabado. — Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — La escuela veterinaria de Alfort; grabados.

El tunel del Monte Cenis.

(Continuacion — Véase el número 977.)

III.

Algunos minutos despues mi guía me señaló con una sonrisa de satisfaccion, á lo largo de la pared de la derecha, un nicho practicado en la galería.

— Estamos, dijo, á 3,453^m.50 de la entrada, y esta parte del tunel será célebre. El 26 de diciembre á las cuatro y media de la tarde se prendió fuego en esta porcion del subterráneo á la última mina y los dos trozos de la galería quedaron reunidos.

El 9 de noviembre, el jefe de los talleres de Modane, haciendo su ronda cotidiana, creyó oír al través de la roca la explosion de las minas de la seccion de Bardonneche. Enviaron una parte para cerciorarse de la concordancia de las horas y se convencieron de que ya los trabajadores se tocaban. En los días siguientes las detonaciones se hicieron mas distintas. A principios de diciembre se oían con toda claridad los repetidos golpes de las perforadoras. Muy luego percibieron el ruido de las voces; ya no cabía la menor duda. Pero ¿se encontrarían á la misma altura y en el mismo eje? Durante tres días y tres noches, los ingenieros y los jefes de talleres no salieron de la galería. No comían ni dormían. Todos tenían fiebre.

Por fin el 26 por la mañana la roca se hundió por la parte alta; la brecha estaba abierta y pudieron estrecharse las manos al través de la abertura. Aquella misma noche una última explosion destruíó el último obstáculo... la montaña estaba vencida. ¡Qué día de fiesta! Las dos galerías se encontraron exactamente, hallándose apenas un desvío de 40 centímetros en los dos ejes. Únicamente el nivel en el tronco francés tenía unos 60 centímetros mas de altura; pero ¿se podía esperar un resultado tan perfecto al cabo de trece años de trabajo sin descanso de una hora? Por el lado francés se habian abierto 3,453 metros, y por el lado italiano 7,081 metros. En el punto de union de las dos galerías se pondrá una placa de mármol con una inscripcion conmemorativa de tan feliz suceso.

Habíamos llegado conversando, casi á la mitad del tunel. Nuestro caballo se detuvo.

La via estaba obstruida por wagoes cargados de rails, y era preciso apearse y seguir á pié el camino. Saltábamos como podíamos entre los obstáculos al través de las lámparas. Aquí habia montones de piedras, allí un enorme madero, mas allá los trabajadores amasando yeso ó colocando los rails. No era cómodo el pasaje, y sin embargo, tuvimos que seguirle por espacio de unos 3 kilómetros. Despues mi guía se acercó á la pared, puso en juego un resorte, se abrió una puerta y entré en una especie de cuarto abierto en la roca y que sirve á la vez de almacén de herramientas y de oficina telegráfica. Allí debia venir á buscarnos el carruaje de los ingenieros de Bardonneche; pero tambien en esa otra parte la via estaba por concluir, los rails eran poco accesibles y hubimos de esperar mas de dos horas.

En aquel tiempo pude pensar en la cuestion de la ventilacion del tunel. ¿Quién habia dicho que se abogaría la gente en el subterráneo? Yo estaba á legua y media de cada extremo y respiraba á gusto. Ciertamente, la atmósfera era pesada; se sentía ese olor á cueva propio de los lugares oscuros; la combustion de las lámparas y la respiracion de los obreros tienden á viciar el aire; pero á pesar de todo, aun se respiraba allí mejor que en muchos teatros y salas de conciertos.

Al entrar en la galería se siente una impresion de frescura muy marcada; á veces caen gotitas sobre los vestidos que dejan un agua viscosa. El aire de la galería, lejos de estar inmóvil, se halla animado de cierta velocidad. Generalmente va del Norte al Sur, de Francia á Italia, del nivel mas bajo al mas alto; y otras veces se cambia y puede barrer el tunel en sentido contrario. Estas modificaciones en la direccion y la intensidad de la corriente, parecen corresponder á los cambios de tiempo.

La temperatura sube á medida que se avanza. De 12° que tiene en la boca de la galería, sube hasta 24° á la mitad del tunel. Es muy natural que en lo alto de la ram-

pa se reúnan los gases calientes. Mas allá vuelve á bajar el termómetro.

Un ruido continuo nos advirtió que llegaba el carruaje de Bardonneche, que era un cupé rústico de dos caballos, casi un coche de lujo. Nos faltaban 6 kilómetros; pero los caballos van de prisa por entre los rails, y en tres cuartos de hora era fácil llegar al otro extremo del subterráneo. El revestimiento forma parte con la montaña y resistirá lo mismo que esta á la accion de los siglos.

A medida que va adelantando el carruaje se distingue á una distancia que parece prodigiosa una estrellita cuya viva y blanca luz forma contraste con el rojizo resplandor de las lámparas. Su volumen crece progresivamente. Al cabo de algunos kilómetros se destruye la ilusion: aquella claridad tan suave y tan blanca es la luz del día, es la extremidad de la galería.

IV.

¡Qué cambio en algunas semanas! El domingo 17 de setiembre tenia efecto la inauguracion del subterráneo, aunque no estaba terminada todavía la línea de empalme de San Miguel á Modane. El ministro italiano con los ingenieros y los convidados salía de Turin á las seis de la mañana. A las nueve y cuarenta minutos el tren oficial despues de haber recorrido el nuevo trozo de Busoleno á Bardonneche, penetraba en el tunel, y veinte y cinco minutos despues salía por el otro extremo y bajaba la rampa de Modane para detenerse en el territorio francés y llevarse á los convidados. En la estacion se hallaban M. Victor Lefranc, ministro del Comercio y Agricultura, las autoridades del departamento, los ingenieros franceses y un crecido número de representantes de la industria y de la prensa.

Entraron en los wagoes á las doce en punto, la locomotora se puso en movimiento y hubo que recorrer esa larga curva de Modane con 2 centímetros de declive por metro, siguiendo luego el contorno del monte hasta la nueva embocadura del tunel. En nuestra primera excursion habíamos entrado por el extremo de la galería que da frente al valle; pero despues, como ya hemos dicho, han abierto en la roca un subterráneo de empalme de 453 metros de largo, que se destaca del tunel á 346 metros de su abertura y por una curva ligera, se va á reunir con la via férrea.

El tren penetra bajo la bóveda como en un tunel ordinario: al silbido de reglamento los wagoes penetran en la montaña. Pronto se atraviesan los 353 metros de la galería de empalme. Estamos en completa oscuridad, ni siquiera se distingue la abertura, pues el humo y el vapor que vamos dejando nos la oculta.

Quando se saca la mano por la portezuela, se siente la corriente de aire frío que produce la marcha del tren; algunas veces la mano se ennegrece por causa del humo que revolotea bajo la bóveda. Hasta el tercer kilómetro la galería está fresca; pero muy luego comienza á sentirse el calor. El vapor suele entrar en el wagon y se cierran los cristales. La temperatura sigue elevándose, hasta que en lo alto de la rampa llega el termómetro á marcar de 24 á 25°. Las distancias kilométricas están señaladas en transparentes luminosos; pero se distinguen difícilmente las cifras en esa parte del tunel por causa de los vapores. Hay trechos en que parece que se adelanta bajo una bóveda mate y traslúcida de ópalo. Sin embargo, por lo regular queda entre ese muro vaporoso y el tren un pasadizo por el cual circula el aire, y asomándose por la portezuela no se siente otro efecto que el del polvo en los ojos. Se respira en medio de una atmósfera pesada y caliente. Debemos observar que cada wagon trae consigo su provision de aire; y así es que aun cuando la atmósfera del tunel se cargara momentáneamente de humo y de vapor, cerrando los cristales se tendria bastante cantidad de aire para los 40 minutos que dura la subida del subterráneo.

Quando se pasa del punto culminante, el vapor se adhiere menos á la pared y se principian á ver los transparentes kilométricos y hasta el revestimiento de la galería. Tambien la temperatura baja sensiblemente. Se conoce que nos acercamos á la abertura.

Con efecto, muy luego aparece como un reflejo de la luz del día. El tren deja el vapor atrás y por delante la bóveda está libre; la claridad que en nuestra primera excursion veíamos como una estrella, envía un poco de luz sobre el vapor de la locomotora que la refleja sobre el vapor de la pared y el tunel se alumbrá un poco como la tierra antes de salir el sol. La galería tiene tambien su aurora. Este efecto se produce al noveno kilómetro de Modane.

Todo el mundo á la salida del tren se preocupaba sobre la ventilacion. ¡Ibamos á ahogarnos á mas de 4,560 metros de profundidad en la tierra! ¡Se habia repetido tantas veces que el humo haría el aire irrespirable! Hoy no puede haber ya esos temores. En el tren oficial todos fumaban, añadiendo á la respiracion, á los gases de la combustion de la hulla y de las lámparas, el humo del tabaco sin ningun inconveniente.

Solo los pesimistas pueden ya decir que la atmósfera del tunel no es respirable; y buscan todas las combinaciones posibles de ventilacion, cuando el problema está resuelto de un modo absolutamente suficiente, en las condiciones ordinarias.

Con efecto, no se reflexiona que no se trata aquí de un tunel ordinario cuyas dos extremidades están á nivel. El tunel de los Alpes constituye una vasta y larga chimenea de Francia á Italia, donde se efectúa un tiraje

natural apreciable. Los gases y el vapor suben por la chimenea y cada tren que pasa hace émbolo y empuja el vapor renovando el aire. La corriente se establecería bien de Francia á Italia si algunas veces no se opusieran circunstancias especiales; pero así como en el verano las chimeneas de nuestras casas suelen tirar de arriba abajo en vez de tirar de abajo á arriba, porque el aire es mas caliente fuera que en la pieza; así tambien el tunel tira excepcionalmente de Italia á Francia cuando la temperatura se eleva mas en el lado francés que en el italiano. En este caso el humo y el vapor salen por Francia en vez de correr por la abertura italiana de la galería.

Se concibe que segun el sentido de la marcha del tren y segun el sentido del tiraje, los viajeros puedan hallarse mas ó menos rodeados de vapor. Todo tren que avanza contra la corriente tiende á rechazar en medio del tunel los productos de la viciacion de la atmósfera.

La sola incomodidad que podrán tener, no los viajeros, que pueden estarse encerrados en su wagon, sino los inspectores de la via y los guardas, sobrevendrá probablemente, cuando por causa de un cambio de sentido en la corriente, el aire se quede inmóvil momentáneamente. Lo menos durante una hora la galería conservará los productos de la combustion.

Quando se establece el tiraje se ve cómo sale el humo por la boca del subterráneo. De lejos parece que arde la montaña, pues arroja humo, y los bosques de abetos se ocultan detrás de las nubes del vapor. La locomotora esparce el humo y el vapor desde la entrada hasta la salida del tunel. Así el observador, despues de la llegada del tren, distingue que hueme la boca del subterráneo y como el vapor circula á impulsos de la corriente de aire de la galería, la salida dura todo el tiempo que tarda la corriente en atravesar el tunel.

El día de la inauguracion se cambió la corriente en la travesía, y los curiosos de Modane vieron el vapor que se escapaba de la boca del tunel media hora antes de la entrada del tren en galería. El tunel estuvo echando humo mas de hora y media, exhalando así todo el vapor que el tren habia dejado en la bóveda durante su primer viaje de ida y vuelta.

En suma, el tiraje natural es suficiente para vaciar la galería de los productos de la combustion; si el tráfico cargara demasiado, y si el vapor entorpeciera el servicio de la via en la galería, sin recurrir á una inyeccion de aire por procedimiento mecánico, bastaría instalar á lo largo del subterráneo algunas puertas de llamada, como se ha hecho en otras partes con buen éxito.

En cuarenta y dos minutos atravesó el tren oficial la montaña. Cuando se detuvo en Bardonneche resonaba el cañon entre el ruido de las músicas italianas. Una enorme afluencia de poblacion cubria las colinas, los vítores llenaban el aire, los brazos se agitaban, las banderas francesas é italianas ondeaban juntas, la montaña se levantaba soberbia sobre aquellas oleadas humanas. El espectáculo era grandioso.

A algunos centenares de metros de la entrada de la galería los restos de las rocas arrancados con la pólvora y acumulados hacia trece años fuera del subterráneo, formaban una planicie de mas de 25 metros de altura, donde se habia instalado la tienda del banquete, de mas de 200 metros de larga y en la cual tuvieron cabida 4,300 convidados.

En el momento de los brindis, el ministro Visconti Venosta tomó la palabra. Habló del Monte Cenis y de las ventajas del tunel, concluyendo por brindar por la Francia. Sus palabras fueron acogidas por los convidados al grito de ¡viva la Francia!

El ministro M. Lefranc pronunció un largo discurso, en el que tuvo para la Italia palabras elocuentes y afectuosas. Dijo que tres grandes elementos habian contribuido á realizar aquella grande obra, el instinto, la ciencia y la política. El primero está representado por Carlos Alberto y por el popular Medaie, el segundo por Menabrea, por el geólogo Simonde y por los ingenieros Sommellier, Grandis y Grattoni, y el tercero por el conde de Cavour y el ministro Paleocapa. Dió gracias á la Italia por esta nueva conquista, habló de la familia real y dijo que nadie mejor que él como republicano podia reconocer los títulos de benevolencia de Victor Manuel hácia la civilizacion y la libertad. Al hablar de Cavour dijo que habia sido su amigo; añadió que Francia concluiría muy pronto el ramal de su lado, y terminó brindando por la prosperidad de las dos naciones reunidas. Este discurso hizo olvidar la acogida de Modane.

Tomaron despues la palabra Devincenzi, Sella, Rora, Amilbau, y este último enumeró las ventajas que esta apertura ofrecia al comercio. Dió luego una medalla de oro á los gobiernos francés é italiano, á los ingenieros Grattoni, Grandis y á la memoria de Sommellier; medalla de plata á Menabrea, etc., y otras de bronce á varios obreros.

M. de Lesseps dijo unas cuantas palabras que fueron muy aplaudidas, y brindó por la alianza de Italia y de Francia.

Por último, el ingeniero Grattoni rindió conmovido el testimonio de aprecio á que se habian hecho acreedores sus compañeros y dió á todos las gracias.

Hemos concluido nuestra tarea, decimos nosotros. Que ese tunel que acabamos de recorrer con el lector sea un lazo de union mas íntimo todavía entre las diferentes naciones de Europa; y si algunas mezquinas rivalidades soplaren la discordia en nuestro derredor, recordemos que los laureles no se adquieren ya con sangre; recordemos en alta voz estas dos admirables victorias del genio del hombre que se llaman ¡Suez y el Monte Cenis!

Las conquistas intelectuales son las únicas que deben ya envidiar los pueblos civilizados, porque son las que ennoblecen y las que duran.

Poesía.

I.

Cuando de galas vestida
Y aderezada la sier.
De flores, en un sarao
Voluntades cautiveis,
Y solo con atendellos
Hagais á todos merced...
« Pensad en mi amor, señora ;
» Señora, no me olvideis. »

II.

Cuando triste recordando
La dicha, ó el mal de ayer,
Veais la dicha muy lejos
Y el mal cercano tal vez...
Y agitada una esperanza
Buscáis de amoroso bien...
« Pensad en mi amor, señora ;
» Señora, no me olvideis. »

III.

Cuando entre sedas y holandas
Perezosa languidez
Vuestros párpados abrume
Y los cierre, y el placer
De una ilusion os halague
Durante el sueño tambien,
« Pensad en mi amor, señora ;
» Señora, no me olvideis. »

J. M. D.

La Commune ante la Justicia.

(Continuacion. — Vease el N.º 977.)

Audiencia del 24 de agosto.

Al continuar, M. Rousselle, defensor de Urbain, suplica al consejo le permita examinar rápidamente los hechos que han conducido su cliente al banco de la acusacion.

El defensor se extiende en relatar la vida del acusado, presentándole bajo dos aspectos diferentes : como particular, teniendo una escuela en Normandía y llevando una existencia apacible y virtuosa en la provincia ; como hombre político, lanzado, á su pesar, en el movimiento comunal, pero conservando su nativa honradez y sus delicados instintos.

Sí, se presenta á vuestros ojos cubierto con la égida de la honradez, que debe hacerosle sagrado. Y si el consejo quiere acordarme su atencion, demostraré que el hombre que tiene ante sí no ha merecido nunca las acusaciones que pesan sobre él.

El defensor procede en seguida á la refutacion de los cargos acumulados por el procurador fiscal en su acta de acusacion, presentando en su apoyo pruebas sacadas de deposiciones favorables al inculpado, y de los mismos acontecimientos.

Respecto de los rehenes, M. Rousselle declara que los hombres inmolados por el furor popular no tienen calidad de rehenes. Es cierto que Urbain propuso y firmó con sus colegas del Hotel de Villa un decreto que ordenaba que por cada ejecucion de federados en Versalles, se fusilaría en Paris un número triple de reaccionarios ; pero este decreto no tuvo nunca ejecucion.

El órgano del ministerio público hace algunas observaciones á M. Rousselle, que apela al tribunal. En un proceso en que los acusados juegan su cabeza, dice el defensor, no es por las insinuaciones que se les hacen que los magistrados deben dar su veredicto, sino por

hechos patentes, positivos é indudables. Y si hay duda por parte de la justicia, debe recaer en favor del inculpado ; ¡ tanto mas aquí, señores, en que los jueces son vencedores, y vencidos los acusados !

M. Boyer, defensor de Billioray, es un abogado joven, lleno de tacto y de reserva, que se ha sabido captar desde el primer instante la benévola atencion del consejo. Empezó, como sus colegas, exponiendo con sóbria elocuencia el pasado, el carácter y las tendencias de Billioray.

Por los clubs y por la guardia nacional llegó Billioray á la política. Nombrado primero en el comité central, fué luego mandado á la Commune por el voto de los electores.

El defensor se aplica á demostrar la diferencia que conviene establecer entre las decisiones tomadas por el comité central y las tomadas por la Commune. De una parte, la responsabilidad es colectiva, y por otra individual. Los votos de los miembros de la Commune pueden asimilarse á los de toda asamblea deliberante : cada cual es responsable del suyo.

Por lo tanto, M. Boyer se apresura á libertar á su cliente de toda solidaridad en los actos en que no ha tenido una parte directa.

La hora adelantada de la tarde hace que el defensor deje el fin de su defensa para el dia siguiente.

Se levanta la sesion á las cinco y cuarto.

Audiencia del 25.

Se abre la sesion á las doce y veinte minutos.

M. Boyer continúa la defensa de Billioray, exponiendo la situacion anárquica de la Commune, que hace imposible para cada uno de sus miembros la responsabilidad completa de todos sus actos.

Manifiesta, con la ayuda de varios documentos, la conducta honorable de Billioray como administrador del 44.º distrito.

Pasando al nombramiento de Billioray y á su presencia en el comité de salud pública desde el 12 al 21 de mayo, el defensor se esfuerza en probar que la demolicion de la columna Vendome y de la casa de M. Thiers se habia decidido anteriormente por la Commune, y no puede ponerse á cargo de dicho comité.

El defensor sostiene que desde el 22, Billioray no firmó decreto alguno ni pudo ser visto en ninguna parte. En efecto, el 21 se personificó en casa de una señora Armand, y de allí fué á casa de M. Belzec, donde permaneció hasta el 31 de mayo. Billioray no se retiró por cobardía, como se ha dicho.

El comisario de la República. — Fué por prudencia. El peligro empezó en dicho dia.

El defensor se aplica á demostrar que su defendido se retiró tan solo en presencia de la entrada de las tropas en Paris, lo que destruía la proposicion de conciliacion dirigida por él á M. Thiers.

El abogado termina suplicando al consejo escuche la voz de la conciliacion y no añada nuevas víctimas á las inmoladas ya.

El defensor de Parent hace escuchar á un testigo que declara del modo mas favorable para el acusado.

El presidente da la palabra á M. Caraby, defensor de Jourde.

El defensor empieza por rendir justicia al valiente ejército que ha salvado el orden, y á sus jefes. Hasta el 18 de marzo la conducta de Jourde es en un todo irreprochable, y hasta aquel dia Jourde no formó parte mas que de un inofensivo comité de distrito que no tenia otro objeto que evitar un conflicto con motivo de la entrada de los prusianos en Paris.

M. Caraby tiene interés en demostrar que Jourde no ha sido mas que un administrador, y rechaza enérgicamente la calificación de hombre político que la acusacion hace pesar sobre el ex-delegado del ministerio de Hacienda.

De las razones expuestas por el defensor, se desprende que Jourde no era un revolucionario, y que por el contrario, la revolucion le intimidaba de tal modo, que á través del horrible velo que oscurecía su vista, distinguió las espantosas consecuencias del acontecimiento que acababa de producirse.

El robo y el saqueo convertidos en necesidades sociales, por decirlo así, iban á señalarse si una inteligencia activa no se consagraba á la organizacion de un sistema financiero capaz de hacer frente á todas las necesidades del momento.

Con palabras parecidas demostró Jourde en una reunion esta imperiosa necesidad y fué elegido para tan difícil mision.

El defensor examina las diferentes fases de la administracion de Jourde, y dice que el ministro de Hacienda gastaba cuarenta sueldos en su comida, mandaba su mujer al lavadero público, y enviaba sus hijas á la sala de asilo como los hijos de los pobres.

¿ Por acaso es esta la conducta de un criminal ? exclama el defensor en un brillante arranque de elocuencia. ¿ De qué modo ha empleado la fortuna y su influencia ? Ha empleado el dinero para evitar el amenazador desastre financiero ; su influencia para impedir irreparables males.

Segun el defensor, tres tipos principales sobresalen del sangriento carnaval que representó la Commune de Paris : Theiz que preservó de todo ataque la administracion de Correos ; Beslay, el hombre honrado que salvó el Banco, y Jourde que siguió la misma senda que el decano del Hotel de Villa.

De estos tres hombres dos han podido salir de Francia mediante un salvo-conducto, el tercero está aquí presente, concluye M. Caraby, debe ser absuelto.

M. Denis toma la palabra como defensor de Trinquet. Su discurso se resume en algunos puntos sencillísimos.

Quiere probar en primer lugar que Trinquet, zapatero de oficio, ha sido siempre un hombre pacífico y virtuoso. Segun él no puede haber un hombre mas sedentario.

Se aplica luego á demostrar que Trinquet no ha asesinado al individuo que pretenden haber visto fusilar por él, y como prueba, invoca la declaracion de un testigo que vió á Trinquet en dicho dia con uniforme de guardia nacional, siendo así que la acusacion fiscal dice que el asesino vestía un paletó.

Se levanta la sesion á las cinco.

Audiencia del 26.

Se abre la sesion á las doce y cuarto.

Se escuchan varios testigos sobre la causa Jourde, siendo una de las declaraciones poco favorable al acusado.

M. Georges Lachaud tiene la palabra como defensor de Champy. El joven abogado empieza por decir que Champy no ha buscado en la Commune ni grados ni honores, y pasa luego al exámen de los documentos que le presentan y no pasan de dos. 1.º Una orden de requisicion de petróleo visada por Assi. 2.º La orden relativa á los morteros que debian destruir la estacion del ferro-carril de Lyon.

Relativamente al primer documento se traba una discusion entre el abogado, el presidente, el comisario de la República y el acusado Champy, que afirma, no le han presentado dicho documento ; el presidente decide que se llamará nuevamente al perito calígrafo Delaue para examinarlo. En cuanto al segundo, M. Lachaud niega que su cliente haya podido firmarlo.

El comisario de la República. — El mismo lo ha reconocido.

M. Lachaud termina diciendo que su defendido ha protegido á Dios y á la religion, y que por lo tanto no puede ser culpable, y sí debe ser absuelto.

M. Dupont de Bussac, el terrible abogado, que tan violentamente apostrofó al procurador fiscal durante el interrogatorio de Regere toma la palabra como defensor de este acusado, y empieza por decir que no suscitará mas que cuestiones de puro derecho : establecerá la teoría jurídica del crimen conexo y la del delito político.

El abogado, con ayuda de la lectura de textos de leyes y ordenanzas de casacion, trata de establecer donde empieza la complicidad y donde termina. Niega absolutamente la complicidad resultando del solo hecho de ser miembro de la Commune, y reprocha á la acusacion el haber admitido el principio de la solidaridad sin haberlo establecido.

El comisario de la República reclama, y cierra el incidente el presidente.

El abogado defensor aborda la cuestion de saber si la pena de muerte está ó no está abolida en materia política.

La sesion se suspende por diez minutos.

Al continuar la audiencia, el defensor declara que siendo la Commune, á su modo de ver, un poder legítimo, Regere no puede ser condenado por complicidad.

M. Marchand, defensor de Lullier, demuestra á este como un patriota ardiente. Lullier se ha batido contra los prusianos y solo por patriotismo aceptó su puesto en la Commune. Luego volvió á Versalles donde recibió promesas formales del gobierno, de amnistía.

El presidente niega este hecho y levanta la sesion.

Audiencia del 28.

El consejo abre la sesion á las doce y diez.

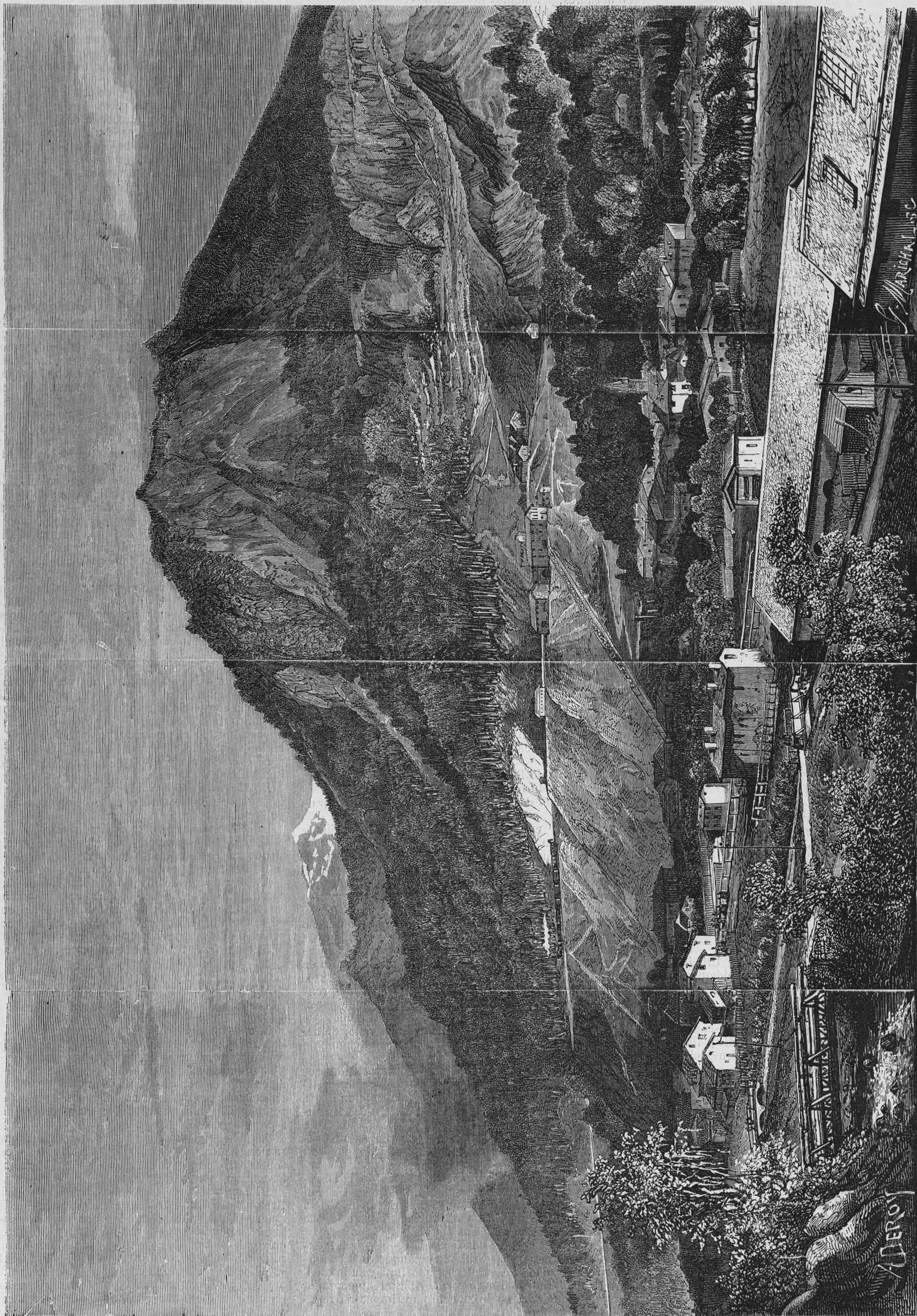
M. Marchand termina la defensa de Lullier explicando las verdaderas intenciones del acusado y sus intenciones con el gobierno de Versalles, y pide que su defendido sea absuelto. Lullier añade algunas palabras en defensa propia, que no repetimos, pues las hemos reproducido en diversas ocasiones, y nada de nuevo enseñan al consejo.

Se procede á la audicion de dos testigos, que declaran en contra de Ferré. Un poco tarde es para presentar testigos de cargo, pero no nos incumbe juzgar al comisario de la República.

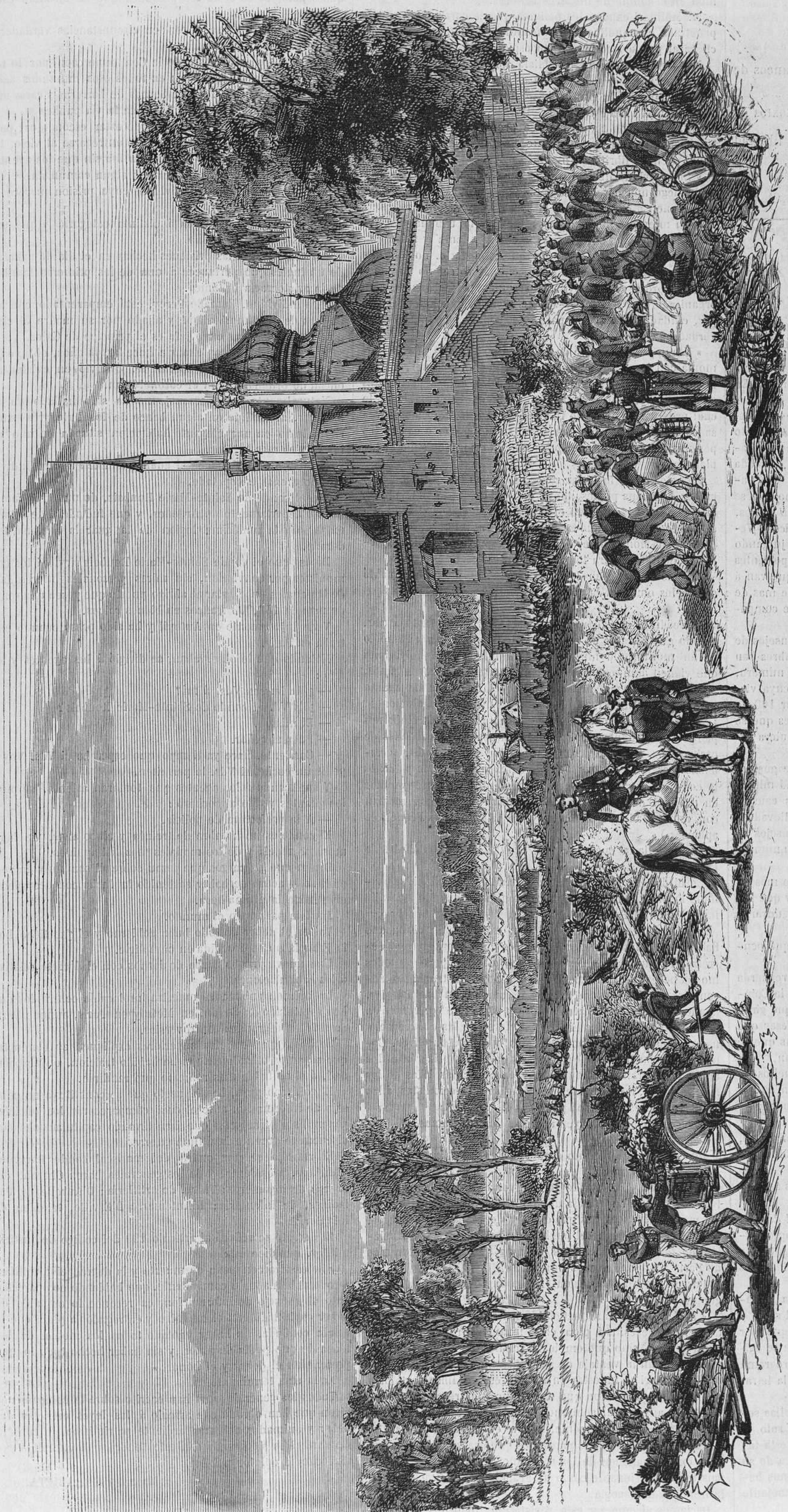
M. Renaud toma la palabra en defensa del doctor Rastoul, diciendo que es un hombre lleno de ilusiones que se introdujo en un mundo que no era el suyo. Segun el defensor, todo cuanto Rastoul ha hecho ha sido creyendo obrar bien, y entra en una disertacion interminable sobre la política, la religion y la filosofía, elevándose enérgicamente contra la Internacional.

M. Leon Bigot protesta contra estas palabras y habla en favor de dicha sociedad, á la que pertenece su defendido Assi. Las interpelaciones son vivísimas pero no tienen resultado.

M. Renaud, despues de un detallado relato de todas las fases de la revolucion del 18 de marzo, concluye que el doctor Rastoul no ha tomado parte alguna en los hechos criminales que pesan sobre el gobierno del Hotel de Villa, y que, por el contrario, era popular en su



LA PERFORACION DE LOS ALPES — El monte Frejus; vista tomada de Molane.



El campamento de Villeneuve-l'Étang.

barrio, porque sus beneficios le habian hecho acreedor á la gratitud de todos los habitantes. Por esto su sitio no es en ese banco... y no desea mas que irse.

Esta salida provoca la hilaridad del auditorio; hasta el mismo tribunal se ha reido; ¿quiere decir que está desarmado?...

La sesion terminó con un incidente sin importancia.

Audiencia del 29.

A la abertura de la audiencia se interroga á Assi qué sabe de una caja que le entregaron en el Hotel de Villa, conteniendo un millon doscientos mil francos, y el inculpado responde que habiéndola recibido una hora antes de ser arrestado, nada sabe de dicha caja.

M. de Sal tiene la palabra para la defensa de Pascual Grousset. El defensor rechaza ante todo la complicidad en los incendios y en los asesinatos de los rehenes, recordando que no podia efectuarse ninguna ejecucion sin el voto de la Commune, y que Gustavo Chaudey fué el objeto de la venganza personal de Raul Rigault, que pagaba así una deuda de gratitud que tenia con su prisionero.

El defensor pasa á los hechos concerniendo la publicacion del periódico el *Affranchi*, y considera á su cliente del todo ajeno, atendido que no se ocupó nunca de administracion.

M. de Sal termina pidiendo que su defendido sea absuelto y habla del papel de este en el ministerio de Negocios extranjeros.

Lo mas notable de la defensa de M. Manchon por Verdure es un incidente acalorado con el comisario de la República que dice al defensor que si hay algo de absurdo es él.

A última hora se escucharon las defensas de M. Laviolette por Ferrat y de M. Thiroux por Des-camps que nada presenta de interesante.

En las audiencias sucesivas, que no reproducimos por presentar poco interés, se han presentado las defensas de los acusados, siendo la mas notable la de M. Lachaud, por Courbet, el célebre pintor. No nos detenemos en analizarlas porque llama toda nuestra atencion la

Audiencia del dia 2 de setiembre

El consejo entró en sesion á las seis de la mañana, y se retiró momentos despues para deliberar sobre mas de quinientas cuestiones que debia resolver.

La deliberacion continuó hasta cerca de las seis, en que el consejo entró en sesion para pronunciar su juicio.

El presidente dió lectura de las cuestiones relativas á cada acusado del veredicto dado por el consejo sobre cada una de estas cuestiones, y en fin, de la sentencia con la aplicacion de la pena. Hé aquí las penas impuestas á los diferentes acusados :

Sentencia.

- FERRÉ, á la pena de muerte.
- ASSI, á la deportacion á un recinto fortificado.
- URBAIN, á trabajos forzados á perpetuidad.
- BILLIORAY, á la deportacion á un recinto fortificado.
- JOURDE, á la deportacion simple.
- TRINQUET, á trabajos forzados á perpetuidad.
- CHAMPY, á la deportacion á un recinto fortificado.
- REGERE, á la misma pena.
- LULLIER, á la pena de muerte.
- RASTOUL, á la deportacion simple.

PASCAL GROUSSET, á la deportacion á un recinto fortificado.

VERDURE, á la misma pena.

FERRAT, á la misma pena.

DESCAMPS, absuelto.

CLEMENT, á tres meses de prision.

COURBET, á seis meses de prision y 500 francos de multa.

PARENT, absuelto.

El presidente del consejo leyó en seguida los textos de las leyes en que se halla motivada la sentencia.

Antes de terminar se dió orden de poner en libertad á los dos acusados absueltos.

La sesion se levantó á las nueve de la noche.

Revista de Paris.

En vano es querer apartar la vista de los sucesos que han horrorizado á Paris y al mundo entero al cabo de la desastrosa guerra que dejó á la Francia sin medios de resistir á la terrible insurreccion organizada tan poderosamente. En vano decimos, porque aunque pugnamos sin cesar por alejar de nosotros hasta el recuerdo de aquellos aciagos dias, como aun están tan patentes los resultados, como falta tanto todavía para que las heridas se cicatricen, es imposible hacer abstraccion de lo que nos ocupa, digámoslo, á cada instante. A mayor abundamiento, diremos que en Paris, lejos de querer olvidar lo sucedido, parece como que se experimenta un amargo placer en recordarlo. ¿Qué vemos, en efecto, cuando echamos una mirada á los periódicos? Vemos los extractos de las causas que se continúan juzgando en Versalles, con noticias de nuevas prisiones, importantes capturas que se hacen continuamente en Paris y que van á engrosar las landas de prisioneros que esperan hace mas de cuatro meses la hora en que les llegará el turno de comparecer ante la justicia.

Es una tarea verdaderamente colosal la de los consejos de guerra. Hasta hoy solo algunos centenares de hombres han sido juzgados definitivamente; otros, en mayor número, han sido sometidos á una instruccion sumaria, en cuya virtud han podido poner en libertad como á un 40 por 100 de los detenidos de esta categoria; pero lo cierto es que se cuentan por miles los que no han sido aun ni siquiera interrogados.

Y no se diga que falta el celo en los consejos de guerra, ó que no hay bastantes; pues no solo la autoridad militar se consagra sin descanso al exámen y fallo de las causas, sino que se ha votado por la Asamblea nacional y llevado á cabo por el gobierno la institucion de todos los consejos de guerra que se necesiten, y con arreglo á esta ley, su número ha crecido considerablemente.

Nada basta, sin embargo: hay quien calcula que mas de 20,000 prisioneros están por interrogar todavía, y que los procedimientos contra ellos, no empezados aun, durarán cuando menos hasta fines del año próximo.

Con esto está dicho si los periódicos tendrán en qué ocuparse.

Pero hay mas aun. Si la prensa periódica nos recuerda con las relaciones de estas causas los incidentes de la Commune, la librería no descansa en dar á luz obras que giran todas ellas en el mismo circulo, y preciso es confesar que se leen con mas avidez estas publicaciones que las que se refieren á la guerra extranjera, que tambien abundan.

Apresurémonos á decir que la mayor parte de aquellos relatos están calcados en el mismo molde: nos hablan de hechos conocidos en el fondo, con detalles mas ó menos ignorados.

Empero la curiosidad es tal, que todo se vende fácilmente, y la librería de Paris ha encontrado aquí como un filon que hasta el dia parece inagotable.

Sin embargo, entre tanto farrago descuellan obras de verdadera importancia.

Durante el sitio de Paris, un redactor del *Journal des Débats*, M. Molinari, escribió una serie de artículos que llamaron sobremañera la atencion, tanto que su autor ha tenido la feliz idea de reunirlos hoy en un volumen, y no dudamos que alcanzarán en forma de libro no menos boga.

Estos artículos reunidos en coleccion componen la historia mas completa de los clubs de Paris durante el sitio, y bajo este concepto, interesan particularmente, porque por ellos vemos que ya entonces la demagogia parisiense se agitaba con frenesí y redactaba descaradamente su programa de los horrores que hemos visto ejecutar al pié de la letra.

La obra de M. Molinari es única en su género.

Hubo muchos que intentaron dar cuenta de aquellas sesiones tumultuosas de los clubs democráticos; pero solo él ha tenido la perseverancia de llegar hasta el fin de esta tarea; y si á esto añadimos que la gracia humorística de su estilo da á sus cuadros un interés particular, habremos hecho ya gráficamente el elogio que se merece semejante libro.

Y en efecto, algunas breves citas confirmarán nuestra opinion en el ánimo de nuestros lectores.

M. Molinari expone los peligros que se corrian cuando se penetraba en aquellos clubs incendiarios, donde era tan fácil pasar por sospechoso, ó por espía, ó por prusiano.

Mas aun: un simple periodista tenia tambien que andar con gran cuidado; y en prueba de ello, hé aquí la escena á que dió márgen la presencia de un redactor del diario *la Verdad* en el club Favier de Belleville, el 6 de enero.

«Una agitacion tumultuosa se produce de repente en un rincon de la sala, y es porque han descubierto que toma apuntes en su librito de memorias.

» El individuo declara que es un redactor de *la Verité*, y muy luego una porcion de ciudadanos á cual mas celosos, se disponen á expulsarle de la sala sin entrar en razones.

» Un miembro de la mesa se lanza á la tribuna, les detiene con un ademán, y exclama con voz lenta y solemne:

» Si es un periodista, no hay que molestarle, no hay que hacer mas que cerciorarse del hecho. Nosotros no tememos la luz, porque en Belleville no somos perturbadores, sino organizadores y legisladores. (Aplausos.) Trabajad pues, en paz, ciudadano redactor, para que podais luego escribir la verdad en *la Verdad*.

» Y aunque este juego de palabras no se halle muy en armonia con la actitud y el tono majestuoso del orador, aplauden de nuevo y el presidente invita á los demás periodistas que puedan encontrarse en la sala á que suban al tablado, lo cual produce un tumulto indescriptible con protestas expresadas en términos nada parlamentarios. Lo cierto es que los periodistas no se animan, pues ninguno de ellos sube al tablado.»

En estos clubs los demagogos revelaban lisa y llanamente cuáles eran sus planes, tanto que habiéndose anunciado en la noche del 21 de enero el motin que debia estallar al dia siguiente, anuncio que se hizo en la reunion de la Reina Blanca en Montmartre, la autoridad pudo tomar las oportunas medidas contra los alborotadores.

Así sucedió que en la noche del 22 un clubista habló contra los clubs en la reunion Favier, y pronunció estas palabras:

«Creedme, ciudadanos, todo el mal proviene de los clubs. ¿Como quereis que se tomen resoluciones viriles en medio de un monton de mujeres, de chiquillos y de holgazanes que vienen aquí á digerir la comida? (Hilaridad.) Además, ¿Acaso nuestros enemigos no están informados de cuanto hacemos y decimos? ¿No saben todas nuestras resoluciones? ¿No saben cuándo nos citamos públicamente? Los clubs nos pierden, ciudadanos. Lo que necesitamos son sociedades de carbonarios. (¡Es verdad! ¡Es verdad! Fuera clubs, sociedades secretas.) Entonces si podremos concertarnos y darnos la consigna, y cuando llegue el momento no encontraremos en el Hotel de Villa guardias movilizadas que nos reciban con ametralladoras, como hoy ha sucedido. (Frenéticos aplausos.)»

Era aquella la época de mas exaltacion en los clubs de Paris.

En el del Eliseo Montmartre, el ciudadano Schneider examina lo que tendrá que hacer la Commune cuando se halle instalada en el Hotel de Villa.

«Tendrá necesidad de dinero, exclama el ciudadano Schneider, aunque menos que otros gobiernos, porque decretará la igualdad de los sueldos y salarios; pero de todos modos necesitará dinero. ¿En dónde lo encontrará? Lo encontrará en muchas partes: primeramente en las iglesias, donde abundan los ornatos de oro y plata que convertirá en moneda; confiscará los bienes del clero, de las congrecciones religiosas, de los bonapartistas y de los fugitivos. Comandará las sociedades obreras, que reemplazarán á los amos, á las grandes compañías, y en particular á las de los ferro-carriles, de las cuales expulsará á los accionistas, á los administradores y á otros parásitos...»

¡Con qué claridad se ven aparecer los programas!

Pero hay mas aun.

Oigamos lo que dice un orador del club *Favier* en la noche del 6 de enero:

«Si es demasiado tarde para salvar á Paris, le pegaremos fuego, y haremos justicia de los reaccionarios egoistas, de los propietarios que nos explotan, y de todos los tenderos, que son las chinches del pueblo; quemaremos á los prusianos de dentro juntos con los de fuera, y despues saldremos de Paris y no volveremos nunca...»

Por último en otra sesion (10 de enero) se declara lo siguiente:

«La Commune hará justicia de los cobardes y de los traidores; no necesitará para esto levantar guillotinas en la plaza pública, sino que empleará medios no menos eficaces y que tendrán la ventaja de ser mucho mas pronto.»

M. Molinari se muestra en su interesante libro partidario del derecho de reunion que tiene, dice, entre otras ventajas, la de advertir al gobierno sobre los manejos de los partidos; pero verdaderamente, y sin entrar aquí á discutir cuestion tan complicada, parécenos que esa ventaja significa poco en comparacion de los resultados que producen en un pais tan impresionable como la Francia, las excitaciones de la frenética demagogia.

Deciamos al empezar esta revista que todo nos recuerda

fatalmente los dias aciagos de Paris, y uno de los puntos que señalamos es el de las prisiones que se ejecutan cada dia.

Algunas de ellas se hacen en circunstancias verdaderamente dignas de la crónica.

Los satélites subalternos de la Commune caen por lo regular en manos de la justicia en todos esos inmundos agujeros que pululan en Paris, tabernas de barreras y casas mal afamadas, cuando no es en medio de la vía pública.

Durante algun tiempo han podido estar escondidos; pero la necesidad de ganarse la vida ó de entregarse al vicio, les hace salir á luz y es raro se pase un dia sin que los agentes se encuentren de manos á boca con algun comunista.

Mas no son estos los individuos cuya prision merece el interés del público.

Hay otros que pertenecen á distinta categoria y que son buscados con mas empeño.

Así vemos entre las prisiones hechas en el dia de ayer, la de un inglés que pertenece á una de las primeras familias de la aristocracia británica.

Este individuo, llamado Percy, está emparentado con los duques de Northumberland y aliado por su madre al clan del lord de las islas cuyo jefe es el príncipe de Gales.

Percy, que habita en Francia hace largos años, obtuvo un grado militar durante la Commune, y sirvió en calidad de oficial de ordenanza con el coronel Brun.

Naturalmente este personaje no ha sido hallado en las barreras, ni tendido en algun banco de los bulevares exteriores, sino en una elegante habitacion situada en uno de los barrios mas lujosos.

El mismo dia se echaba el guante tambien á otro individuo no menos encopetado.

Era el conde de Sainte-Marie Roubais, de una gran familia del departamento de Ardenes, y que fué oficial de estado mayor de la undécima legion de la guardia nacional federada.

Dícese que el conde Sainte-Marie Roubais sirvió á los comunistas por conviccion, sin miras personales interesadas, de las cuales debe estar al abrigo puesto que posee una renta de mas de 150,000 francos en bienes raices.

Vivia lujosamente en Auteuil y ha sido preso cuando entraba en Paris.

Notando que le observaban, se dirigió á los agentes y les dijo:

— ¿Me buscan Vds. á mí?

— ¿Es Vd. el conde de Sainte-Marie Roubais?

— El mismo.

— Pues sí señor.

— Corriente, hace ya tiempo que esperaba á Vds. Voy á pedir un coche, si Vds. lo permiten.

Y suplicando á los agentes que tomaran asiento, se puso los guantes y dijo al cochero:

— A la prefectura de policia.

El conde es un hombre de treinta y cinco años, de hermosa presencia y de los modales mas distinguidos.

Dícese que los cargos que pesan sobre él son muy graves, pues se le acusa de haber sostenido la lucha con desesperacion hasta la última hora.

Justicia para todo el mundo.

Tal es el deber de todo buen gobierno y el que tiene hoy la Francia no se descuida en cumplirle.

Una nueva prueba acaba de darnos con el decreto relativo á las capitulaciones.

La opinion pública se muestra implacable contra los que han capitulado en Sedan, en Metz y en Paris, aunque Paris da márgen á grandes controversias.

Se desea que los jefes superiores expliquen su conducta, que sepamos oficialmente si ha habido traicion, ó incapacidad, ó si no habia mas remedio que rendirse.

El gobierno pues, ha dispuesto que se constituya un consejo de informacion ante el cual comparecerán los oficiales generales u otros jefes que han firmado capitulaciones con el enemigo durante la última guerra.

El consejo se compondrá del mariscal conde Baraguey d'Hilliers, presidente, y de los generales baron Charon, del cuerpo de ingenieros; Thiry, de artillería; D'Aurelle de Paladines, de infantería; D'Autemarre D'Erville, tambien de infantería.

El decreto se refiere al artículo 209 del código de justicia militar, que dice así:

«Se castiga con pena de muerte y la degradacion militar, á todo gobernador ó comandante, que habiendo comparecido ante el consejo de informacion, es reconocido culpable de haber capitulado con el enemigo y entregado la plaza que le estaba confiada, sin haber agotado todos los medios de defensa de que podia disponer y sin haber hecho todo lo que prescribían el deber y el honor.»

Nada mas terminante.

Todos los generales que han eacrito sobre la campaña nos dicen que han obrado con arreglo á las leyes estrictas del deber y animados del mas ardiente patriotismo. El consejo decidirá si ha sido así, y con esto tendrá una cumplida satisfaccion la opinion pública.

MARIANO URBABIETA.

Viajes.

EL DESIERTO DE LIBIA.

(Continuacion. — Véase el número 977.)

Por lo demás los habitantes no parece que comprenden la necesidad de reparar lo que se arruina, y mas bien se anidan que viven entre aquellos escombros. No es extraño tampoco encontrar casas de cuatro ó cinco pisos, de los que el mas elevado no tiene todavía techo, al paso que el piso bajo está ya ruinoso. La plaza del Mercado, de la que he hablado mas arriba, es un verdadero horno: por su abertura recibe los rayos de un sol abrasador; pero no puede haber en ella circulación alguna de aire.

Si á todo esto se añade que los habitantes de Garah viven revueltos con sus cabras, sus carneros y sus aves domésticas, nadie extrañará que reinen entre ellos calenturas en cierto modo permanentes.

Mientras que fumábamos una pipa sentados sobre esteras en medio de la plaza, nos trajeron un enfermo, y la mitad de la poblacion se reunió para suplicarnos que le curásemos. El infeliz, minado hacia mucho tiempo por la calentura, no admitía ya curacion; sin embargo, mi amigo Longshaw no pudo resolverse á quitarle toda esperanza, y sacando del bolsillo su caja de medicamentos, dió al enfermo unas píldoras que podian prometer un alivio temporal al menos, y eso nos grangeó el reconocimiento y la benevolencia de toda la aldea.

Esta mañana volvimos todos juntos á Garah, pero en esta segunda visita fuimos recibidos con mas ceremonia: hasta se trató de admitirnos en casa del cheik. Este buen hombre, sin embargo de que no le manifestamos el menor deseo, parecia convencido de que era deber suyo recibirnos en su casa y ofrecernos café: habíase, pues, adelantando hasta á prometérselo, pero cuando llegó el momento crítico, triunfó la preocupacion nacional del sentimiento de hospitalidad, y nuestro hombre desapareció dejándonos sentados en la calle en conversacion amistosa con sus vecinos.

No tardamos en conocer que éramos objeto de idas y venidas y de cuchicheos misteriosos: al fin, uno de los hombres mas pobres de la aldea se acercó á nosotros y nos ofreció como alternativa que entrásemos en casa de una hermana suya. Para el que conozca el imperio de las nociones inculcadas en los primeros años, una proposicion de ese género era una concesion inmensa de parte de aquellas buenas gentes, y así es que pudimos leer en sus fisonomías el temor de que fuese aceptada. Sacámoslos al punto del cuidado diciéndoles que nos esperaban en nuestra tienda y nos separamos como buenos amigos.

Forty y yo tomamos un guia para que nos acompañase en una excursion; tratábase de recorrer una parte de la comarca y de visitar un sitio que la gente del pais coloca en el número de sus curiosidades. Un paseo de media milla al pié de las alturas que limitan el valle nos condujo á una garganta estrecha cubierta de árboles, arbustos y césped.

En el fondo de ese valle en miniatura, se halla un recipiente bastante profundo con unos dos piés de un agua notablemente pura, que sale por un ancho boquete de una roca situada encima. Entré en esa hendidura, que me pareció mas bien efecto del trabajo del hombre que del de la naturaleza, y despues de un recodo bastante brusco, creí advertir que se dirigia hacia el centro de la montaña. A lo largo de las paredes húmedas de la roca corria en gruesas gotas un agua dulce y muy fresca, pero aunque era abundante parecia que nunca llenaba el recipiente hasta el punto de rebosar.

Nuestro guia nos dijo, sin embargo, que en época mas remota, aquel mismo manantial, llamado Ain-Muchaluf, salia de la montaña con un volumen de agua considerable, bajaba rápidamente hasta el medio del valle donde formaba diferentes lagos pequeños y contribuía eficazmente á la fertilidad del oasis. La tradicion atribuye á un terremoto la pérdida de una porcion considerable de sus aguas.

Esta circunstancia nos pareció confirmada con la huella marcada de un lecho de arroyo que parte del manantial actual y cruza la llanura hasta un bosque de palmeras donde cesa enteramente. La pérdida de ese medio de riego debió operar un cambio notorio en la prosperidad de Garah, y es tanto mas de sentir cuanto que la naturaleza de aquella agua es excelente, al paso que la suministrada por los pozos tiene un sabor mas ó menos salobre y algunas veces algo amargo.

Los habitantes hacen remontar la fundacion de aquella fuente medio artificial y medio natural al tiempo de los cristianos, pero no tienen idea alguna de la época mas reciente en que una conmocion subterránea vino á reducir sus aguas al punto en que se hallan hoy.

Despues de nuestro paseo á Ain Muchaluf fuimos á visitar unos restos de antiguas ruinas situadas en un bosque de palmeras hacia el Oeste del valle. El camino que seguimos estaba animado por una multitud de asnos, todos de una especie muy pequeña, que volvian á Garah cargados de dátiles, de ramos, de palmeras ó de heno. Las personas que los conducian nos miraron con aire de curiosidad, pero sin rudeza, y no se permiti-

eron hacernos la menor pregunta, aunque estaban ausentes de sus casas hacia dos dias, é ignoraban la llegada de extranjeros al oasis. Por el camino vimos un espacio bastante grande cubierto de cañaverales de que se sirven los naturales con mucha industria, fabricando con ellos excelentes esteras redondas y cuadradas y *zembiles*, especies de cestas muy estimadas para el transporte de dátiles.

Al rededor nuestro se ostentaba en abundancia la planta de que ya he hecho mencion, el *Aghoul* ó *Hedysarum Alhagi* de Lineo, cuyas hojas son de un verde brillante. Este vegetal es de grande utilidad en el oasis: los asnos y los camellos lo comen, así verde como seco, por lo cual los habitantes hacen de él gran provision durante la primavera. Sirve tambien de abono para las diversas especies de palmeras: á fines de octubre échase ese abono en unas pequeñas hendeduras abiertas al rededor de las raíces, despues de lo cual inundan todo aquello por medio de corrientes de agua dirigidas en ese sentido. El Egipto es el único pais, que yo sepa, donde se prodiga tanto cuidado al cultivo de estos árboles.

Despues de una marcha de cerca de tres cuartos de hora llegamos á la orilla de un gran bosque de palmeras y el guia me dijo que aquel era el término de nuestra excursion. Al pronto nada pude distinguir á mi alrededor que se asemejara á ruinas; sin embargo, el árabe me hizo notar en breve los restos de una gran muralla que debia cerrar en otro tiempo un espacio de cerca de cien pasos en su mayor longitud.

La accion de la atmósfera ha descompuesto casi enteramente la superficie de las piedras superiores, pero examinando las que están debajo de tierra reconocí que aquella muralla habia sido construida con grandes trozos de piedra cuadrados.

Mi guia pretende que aquel recinto fué en otro tiempo el de una aldea fortificada, semejante á la de Garah, opinion que me pareció muy probable. Al lado se ven restos de trincheras de ocho piés de largo por dos de ancho, formadas de ladrillos en bastante buen estado: en la actualidad se hallan obstruidas por los escombros; mas parece que han sido removidas muchas veces por los que se dedican á buscar tesoros. Mientras que yo las examinaba, mi guia tenia fijos en mí los ojos con aire de ansiedad.

Luego que concluí me refirió con ese tono de voz infantil peculiar de su raza, los trabajos subterráneos emprendidos en diferentes épocas con la esperanza de descubrir bajo aquellos antiguos restos algunos de esos vasos llenos de monedas de oro que son el sueño de todas las imaginaciones orientales. A poca distancia de los fragmentos de muralla que acabo de indicar, se ven las ruinas de una antigua fuente situada á la sombra de un hermoso grupo de palmeras.

Al pronto no ví mas que una pequeña sábana de agua, pero examinándola de cerca descubrí á un pié debajo de su superficie la abertura circular de un ancho pozo revestido por dentro de una obra de albañilería muy bien conservada. Delante de este pozo se halla una vasta cisterna cuadrada, cuyas paredes mas expuestas á la accion de la atmósfera se hallan casi reducidas á polvo: sin embargo, algunos conductos revestidos de piedra sirven todavía para dejar escapar el agua. Desde aquel hermoso sitio embellecido por una vegetacion abundantísima, la vista goza con delicia de un espectáculo encantador sobre la aldea fortificada de Garah.

Al regresar á nuestra tienda, mi guia, que parecia haber comprendido al fin que el objeto de mis pesquisas no eran los tesoros sino la instruccion, se mostró mas comunicativo. Díjome que los medios de defensa de Garah estaban reducidos á dos carabinas, cuyas armas no pertenecian á nadie en particular, y en caso necesario se confiaban á los mas hábiles.

A veces se servian de ellas para matar cornejas que aquel pueblo pobre y sombrío considera como un regalo; pero se guardarian muy bien de hacer servir la provision de pólvora para rechazar las manadas de chacales ó de lobos que bajan por la noche de las montañas y vienen á devorar los dátiles esparcidos sobre el césped; los habitantes prefieren someterse á ese pesado tributo y guardar sus municiones para otro uso. Es probable, sin embargo, que en el caso de un ataque serio de los beduinos saldrian de ese sistema exagerado de economía.

Dos ó tres lanzas y los cuchillos necesarios para podar las palmeras y cortar el *aghoul* completan la provision de armas de aquella escasa agregacion de hombres sencillos é inofensivos. Por lo demás, es evidente que la posicion aislada en que se hallan en medio del desierto les ha quitado una parte de su valor y de su industria; parecen comprender que podrian introducirse en sus recursos mejoras importantes si plantasen nuevos árboles y reparasen sus fuentes; pero ¿de qué serviría tomarse ese trabajo?... ¿No tienen lo preciso para vivir?... ¿Qué mas necesitan?... Con todo, todavía tienen que pagar el tributo al bajá, y aquella pobre poblacion está gravada en 300 pesos fuertes por año.

En el valle de Garah la propiedad se compone casi enteramente de plantíos de dátiles; estos árboles se hallan en aquella comarca en número de 4,400 divididos en porciones desiguales entre los jefes de las familias: algunos propietarios poseen hasta 200, otros solo unos 25 ó 30. Independientemente de las palmeras cuyo fruto sirve de principal producto á aquella pequeña tribu y que se hallan registradas y cultivadas con esmero, hay en el oasis una multitud de bosquecillos formados de árboles de una especie inferior: el fruto de estos últimos sirve de alimento á los asnos y á los camellos. Pa-

rece que en otro tiempo habia en Garah hermosas sandías, pero la indolencia de los habitantes les hizo abandonar poco á poco el cultivo y el uso de aquel fruto excelente.

En cambio de sus dátiles y de sus obras de cestería se procuran un poco de trigo y un poco de *samné* ó manteca clarificada. En cuanto á los demás objetos que pueden necesitar, los compran de las caravanas que se dirigen periódicamente á Siwah y hacen descanso en Garah. Para terminar, aquella poblacion nos inspiró un sentimiento de interés mezclado de tristeza.

Si hubiésemos visto en ellos bárbaros ignorantes incapaces de comprender lo que les falta, su indiferencia no nos hubiera inspirado compasion; pero aquellas pobres gentes parecen tener la conviccion de su profunda miseria, y hablan de ella con la melancólica resignacion de seres degenerados que han conocido dias mejores y se sienten incapaces del menor esfuerzo para hacerlos volver.

En la tarde de ayer 4^o de octubre salimos de Garah, habiendo acudido un gran número de habitantes á despedirse de nosotros, á estrecharnos las manos y á deseárnos un feliz éxito en nuestro viaje. Ninguno de ellos pareció aguardar regalo alguno, y hasta el mismo cheik, sin embargo de que nos prestó mas de un servicio, recibió con su aire á la vez digno y reconocido el presente que le ofrecimos.

Admitimos sin dificultad en nuestra compañía á un hombre de Siwah que se hallaba en Garah y deseaba agregarse á nuestra caravana para volver á su hogar. Iba armado de una escopeta y de un cuchillo para poder palmeras, con el cual dividió hábilmente en dos partes una mal aconsejada serpiente que vino á interponerse esta mañana en el camino.

Al ponerse el sol llegamos á la cima de las colinas de piedra que limitan el valle de Garah y nos internamos á la claridad de las estrellas en una serie de gargantas y pasajes verdaderamente temibles: la oscuridad era profunda, y por todas partes no podiamos distinguir mas que masas de rocas entre las cuales nos costaba el mayor trabajo hallar nuestro camino.

Nada faltaba á aquella caminata de lo que podia darle cierto color local y grabarla en nuestra memoria de una manera pintoresca, porque á parte de los peligros físicos de un camino en que á cada paso corrimos el riesgo de rompernos la cabeza, habia otros que la imaginacion exaltada de nuestros beduinos creia ver aparecer bajo la forma de salteadores resueltos y desesperados en cada una de las oscuras cavernas por cuyo lado pasábamos... Sin embargo, á despecho de sus temores y amenazas no encontramos un solo enemigo y llegamos al amanecer á una meseta en donde descansamos algunas horas.

En la mañana de hoy al salir de un laberinto de colinas de arena de todas las formas posibles, se presentó á nuestra vista una roca gigantesca semejante á la flecha de una inmensa catedral: era el Om-el-Yus tan deseado, la montaña que nos hablaban nuestros guias hacia tres dias como anuncio de la proximidad del oasis.

Por habituados que estuviésemos á las ilusiones del desierto, no podiamos formar una idea exacta de la distancia que nos quedaba que recorrer para llegar al Om-el-Yus; pero estimulados por nuestra impaciencia resolvimos no hacer descanso alguno hasta llegar á la orilla del oasis. ¡Qué dia de fatiga! ¡Siempre lo contaré entre los mas penosos de mi viaje!

Jamás los rayos del sol de Egipto nos habian parecido mas insoportables, ni la atmósfera mas sofocante que aquel dia: conforme caminábamos, se prolongaba el camino delante de nuestros pasos y las ilusiones del espejismo retrocedian de instante en instante para atraernos y engañarnos de nuevo.

Al fin de muchas fatigas é ilusiones engañosas, al dar la vuelta á una enorme roca, se presentó súbitamente á nuestros ojos en toda su extension el afortunado valle terminado al Norte por una serie de montañas calcáreas encarnadas y blancas, y al Sur por las ondulaciones de arena del desierto. La suave pendiente por donde íbamos á bajar, ofrecia al pronto el aspecto de un campo labrado, pero muy luego reconocimos que aquellos surcos aparentes no eran mas que el resultado de un terreno extremadamente duro, mezclado con sal.

A nuestra izquierda se extendia una vasta llanura de cañaverales terminada por un lago salobre cuyas aguas brillaban al sol y cuyas orillas estaban cubiertas de una eflorescencia de prodigiosa blancura; ese lago, bastante extenso, parecia situado entre una porcion de tierra cultivada, y el cuerpo del oasis, cuyos bosques de palmeras se ostentan en el último término del paisaje.

Apenas caminamos algun tiempo por el valle, cuando nos salió al encuentro un negro alto, y estrechándonos las manos de una manera afectuosa, nos dió la bienvenida á su pais. A poco rato otros negros que conducian un rebaño de asnos de escasa alzada, nos hicieron el mismo recibimiento y nos ofrecieron sus servicios.

Como nuestro primer deseo era tener agua para nosotros y nuestras bestias, uno de aquellos hombres nos condujo al punto á un manantial oculto en medio de los cañaverales, cuya agua, bastante regular, apagó la sed de nuestros pobres y fatigados asnos.

(Se continuará.)

LOS

Campamentos

de las

ENMEDIACIONES DE PARIS.

La evacuacion prusiana.

El gobierno ha resuelto establecer una serie de campamentos al rededor de Paris, y la mayor parte de ellos están ya formados ó en via de formarse rápidamente. El último de todos será el que debe ocupar el antiguo terrado del palacio de Meudon, donde construyen actualmente barracas de tablas, con techumbre de teja. El campamento de Satory delante de Versailles, existe hace largo tiempo y la planicie de ese nombre es histórica. El de San German en Laye, de fecha mas reciente, se halla situado entre los caminos forestales de Riche-lieu, de la Mare-à-la-Douzaine y de la Croix-de-Monchevreuil. Este último se compone de tres hileras de barracas

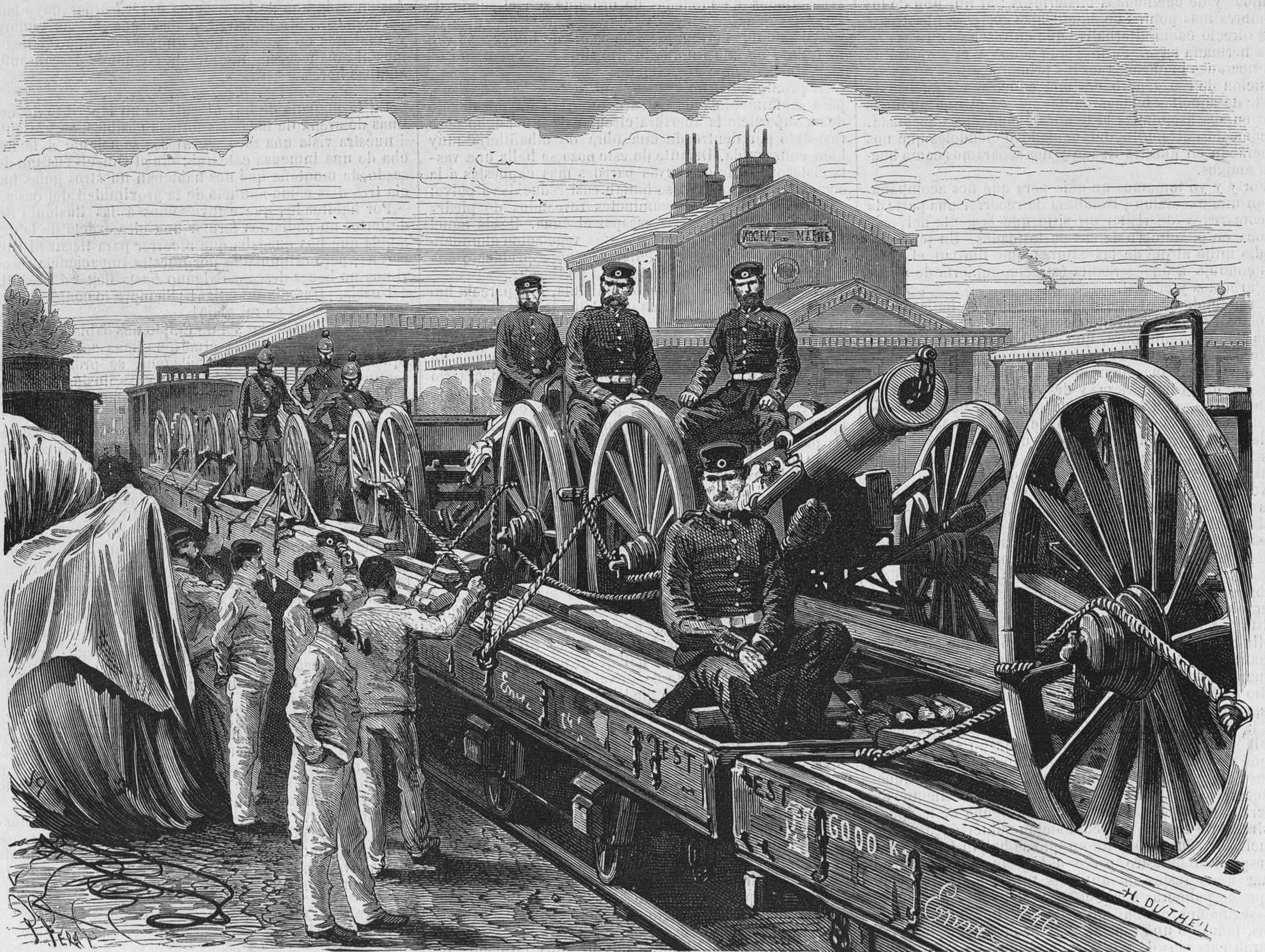


Evacuacion de las cercanías de Paris por los prusianos

Los pases

que le cierran por tres lados, dejando en el centro un gran espacio libre para las maniobras y los ejercicios. Mas cerca de Paris y formando un triángulo con Satory y San German, está el campamento de Villeneuve-l'Etang que representa nuestro dibujo, instalado detrás de Montretout entre Garches y Marne. Se habia tratado de levantarle á principios del otoño; pero se cambió de idea y el campamento ha recibido ya una parte del material indispensable para el bienestar del soldado durante el invierno. En este campamento se halla el 4º cuerpo del ejército de Versailles, bajo las órdenes del general Douay. La brigada de caballería se encuentra en Rocquencourt, como la del primer cuerpo, general Montaudon, que ocupa el campo de Satory. Por último, completan el cerco los campamentos de Saint-Maur, de Nogent y de Charenton.

Hemos citado el fuerte de Charenton y vamos á decir dos pala-



LA EVACUACION. — Salida de un tren de artillería, de la estacion de Nogent.



LA EVACUACION. — Entrega del fuerte de Charenton á las autoridades militares francesas

SMEETS

bras acerca de este fuerte que acaba de ser evacuado por los prusianos, como los demás fuertes de la orilla derecha del Sena. También damos un dibujo sobre este acto. La evacuación tuvo efecto el 20 de setiembre, á las nueve de la mañana, con las formalidades que prescribe el convenio concluido entre las autoridades francesa y alemana. En el día y á la hora que estaban prefijados, solo había en los fuertes 25 soldados bávaros, 25 soldados franceses se presentaron, y el oficial alemán entregó al oficial francés las llaves del fuerte. Los bávaros saludaron militarmente y desfilaron ante los franceses que presentaban las armas.

C. P.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 977.)

Allí se sentó en un sillón, invitó á Lionel á que escogiera un libro, él tomó al azar un volumen del estante mas próximo, y pareció bien pronto absorto en la lectura.

Aquella habitación, á la que daban una forma irregular ventanas que dejaban grandes huecos en las paredes y estantes colocados como en las bibliotecas públicas; ofrecía varios rincones y escondrijos. Fairthorn se deslizó en uno de ellos y se hizo invisible. Lionel examinó los estantes. No encontró en ellos ninguna obra de los autores contemporáneos, ninguno de esos libros mas buscados en los gabinetes de lectura y en los establecimientos literarios. No había nada de ninguna época mas moderna que la de Johnson. En la biblioteca de aquel abogado no había ningun libro de derecho, ni tampoco un folleto ni uno de esos volúmenes de documentos parlamentarios que hubieran podido indicar al hombre avezado en otro tiempo á las luchas políticas; pero en cambio se veían magníficos ejemplares de los antiguos clásicos. Tampoco faltaban los autores franceses é italianos, así como los escritores ingleses que han resistido la prueba del tiempo. Sin embargo, la mayor parte de las tablas parecían consagradas á las obras científicas. Lo único nuevo admitido en aquella biblioteca eran los trabajos científicos mas modernos, y las mejores ediciones de las obras antiguas sobre el mismo asunto.

Lionel hizo al fin su elección, era un volumen de la *Reina de las Hadas* de Spenser.

Se sirvió el café, mas tarde el té. El reloj dió las diez. M. Darrell cerró su libro y dijo:

— M. Fairthorn, la flauta.

Entonces se oyó una especie de murmullo en el rincón donde se había sentado M. Fairthorn, y á los pocos instantes los sonidos mas melódicos, mas dulces, mas melancólicos, quedando el músico siempre oculto. Lionel se llenó de admiración. Estaba tan acorde aquella música con las páginas encantadas á través de las cuales había errado su imaginación como á través de un sueño, ¡la flauta con la Reina de las Hadas! A medida que llegaban á su oído aquellos suaves acordes, sus ojos se llenaban de lágrimas. No reparaba que M. Darrell le observaba con atención.

Cuando el músico concluyó se volvió para enjugarse las lágrimas. Fuera efecto del poema, fuera efecto de la flauta, sus pensamientos habían volado lejos de allí, sobre las verdes orillas y las azuladas aguas del Támesis, sobre el rostro encantador de Sofía, sobre el regalo infantil que ella le había dejado como recuerdo. ¿Dónde estaba entonces la pequeña hada? ¿En qué lugar se cerraba, despues de algunas horas de placer tan pronto trascorridas, en las sombras de su existencia solitaria?

La voz de M. Darrell, semejante á un timbre argentino resonó en su oído.

— ¡Spenser! ¿os agrada? ¿Hacéis versos?

— No, señor, me contento con sentirlos.

— ¡No hacéis ni lo uno ni lo otro! replicó bruscamente Darrell.

Despues volviéndose encendió su bugía, murmuró: ¡Buenas noches! y desapareció por una puerta lateral que conducía á su cuarto.

Lionel miró en torno suyo buscando á Fairthorn, que salió entonces de su escondite.

— ¡Ah! M. Fairthorn, exclamó el jóven, ¡qué buen rato me habeis dado! Nunca hubiera creído que la flauta pudiera producir semejantes efectos.

El rostro grotesco de Fairthorn, expresó el mayor júbilo. Se quitó los anteojos como para mirar mejor á su interlocutor y dijo:

— ¿Me habeis escuchado con gusto, de veras?

E hizo una extraña mueca que en su rostro era la expresión de una profunda satisfacción.

— ¡Con gusto! Eso es decir muy poco. ¿Quién no gustará de oiros?

— Al aire libre es donde se me puede oír mejor.

— Procurad entonces darme mañana ese placer.

— Con el mayor gusto, querido señor mío. ¡Silencio! Y miró en torno suyo como si le persiguiese algun fan-

tasma. Yo os amo. Deseo que él os ame. Responded á todas sus preguntas sin manifestar inquietud, sin manifestar confusión. ¿Con que encontráis algun mérito en la flauta? Ciertas personas prefieren el violín.

— Esas personas no habrán oído nunca vuestra flauta, M. Fairthorn.

El músico dejó oír una frase cordial y sacudiendo la cabeza con un movimiento nervioso, se alejó con paso pesado, sin encender luz, para sumergirse en las sombras de algun pasillo misterioso.

IV.

Lionel tardó mucho tiempo en dormirse. Aquella extraña casa y su extraño propietario, aquella flauta mágica y aquel consejo misterioso del músico, todo aquello, unido á sus tiernos recuerdos de Sofía, concurrió á su insomnio... Cuando se durmió, su sueño fué pesado y profundo; y no se despertó hasta que fué suavemente sacudido por el brazo discreto de Mills.

— Os ruego humildemente que me perdoneis, dijo este último; son las nueve y va á sonar la campana del almuerzo.

Lionel se vistió con viveza; M. Darrell y Fairthorn estaban hablando cuando entró en el comedor.

— Buenos días, Lionel, dijo el amo de la casa. No cumplais vuestra amenaza de abandonarnos hoy. Sé que habeis quedado citado para hoy con M. Fairthorn, y quiero ponerlos bajo su dirección. Tal vez os sea agradable visitar la antigua casa y hacer...

Aquí se detuvo.

— Lo mismo que si estuviérais en la vuestra, añadió vivamente Fairthorn completando la frase interrumpida.

M. Darrell le dirigió una mirada, y el pobre hombre se llenó de terror, buscó un rincón donde ocultarse, se dirigió á la ventana, y encontró un abrigo detrás de la cortina.

— M. Fairthorn, en su calidad de secretario, dijo M. Darrell con una frialdad casi glacial, tiene la habilidad de penetrar mis pensamientos y expresarlos á su manera.

Despues se sentó á la mesa. Lionel siguió su ejemplo, y M. Fairthorn, volviendo á aparecer con mas ánimo, tomó asiento y se armó de un panecillo.

— Habeis sido un verdadero profeta, señor, dijo Lionel: el día se presenta magnífico.

— Los peces juegan sobre la superficie del agua, añadió M. Darrell, echando una dulce mirada sobre Fairthorn que tenia entonces el rostro mas triste que puede verse. Esta tarde el tiempo será favorable para ir á pesca de truchas, y si eso os agrada, M. Fairthorn os prestará una caña. Es un digno discípulo de Isaac Walton, y como á aquel le gusta llevar un compañero; pero le encuentra con menos facilidad que su maestro.

— ¿Con que tenéis truchas en vuestro lago?

— ¡Mi lago! Es un agua sagrada que es preciso no pensar en turbar. Los habitantes de los arroyos y otros cursos de agua fuera de los límites de mi propiedad no están protegidos por la civilización de Fawley, se les puede tender lazos, y pasar al degüello con los mismos escrúpulos que si fuesen cafres, pieles rojas ú otra variedad de salvajes, á quienes enviamos misioneros como cebo para ensartarlos en seguida con la punta de nuestras bayonetas. Pero yo considero mi lago como una comunidad política, colocada bajo la protección de la ley, y dejó á sus habitantes que se devoren unos á otros, como hacen sabiamente los europeos, para impedir el acrecentamiento excesivo de la población. Hacen falta pececillos pequeños para engordar al sollo. Yo, naturalmente, sostengo los derechos adquiridos por el sollo. Como que he sido legista.

En vano procuráramos describir la manera con que M. Darrell pronunció estas palabras y otras semejantes; en ellas se descubría algunas veces una fina ironía, otras un sarcasmo punzante. No las pronunciaba al parecer con amargura, con acento zumbón, sino con su flemá ordinaria y el mismo tono siempre igual y melódico.

Apenas terminó el almuerzo, pasó un palafrenero por delante de la ventana, llevando un caballo de silla de la mano.

— Voy á dejaros, Lionel, dijo M. Darrell, para que hagais... mas amplio conocimiento con M. Fairthorn, y así completo, según mi primera intención, la frase cuyo sentido ha trastornado.

Despues atravesó el vestíbulo hasta la puerta abierta, y se aproximó al caballo, al cual acarició con la mano mientras daba algunas órdenes á su palafrenero.

Lionel y Fairthorn le siguieron hasta el umbral de la puerta y la belleza del animal excitó la admiración del jóven. Era un caballo castaño oscuro, de esa hermosa raza inglesa cuya moda ya ha pasado y que se encuentra tan raras veces, reemplazada como ha sido en gran parte por animales híbridas, descendientes de bestias, mal apareadas, de mala estampa, endebles y de poca fuerza. El caballo de M. Darrell era un animal de grande fuerza, remos vigorosos, buena alzada, ¡y qué cabeza! ¡qué ojos, qué orejas, qué narices!

Es raro ver una fisonomía humana tan inteligente, expresando el mismo grado de ardor, ese carácter dulce y generoso, cualidades que reunidas en un mismo individuo, sea un hombre, sea un caballo, forman el ideal de la excelente educación ó la pureza de la sangre. El caballero inglés estaba en armonía con el corcel inglés. En este momento, M. Darrell, con la cabeza toda-

vía descubierta, apoyaba ligeramente su brazo sobre el lomo del animal.

Ya hemos dicho que tenia un aspecto imponente: el atributo característico de su persona era una distinción natural. Aunque por encima de la talla ordinaria, no era muy alto sin embargo, y no andaba tampoco muy erguido; al contrario, su cuello habia contraído esa inclinación que se observa casi invariablemente en los hombres que viven solos ó que meditan mucho. Tenia un cuerpo bastante esbelto, aunque era ancho de hombros; aún se admiraba en él la buena presencia del jóven, probablemente habia variado poco desde la edad de veinte y cinco años.

Todavía se notaba en sus facciones restos de la gracia de la juventud, cosa rara, porque algunos pretenden que los disgustos envejecen mas que los años, y M. Darrell habia conocido los disgustos mas propios por su naturaleza para torturar su alma. No se observaba ninguna tinta gris en sus cabellos de un castaño oscuro, que cortados por la espalda, conservaban todavía por delante el gran rizo olímpico. Ninguna arruga, mas que las de los extremos de los ojos, alteraba el color pálido de sus mejillas, su frente era tersa como el mármol. Aquella frente contribuía sobre todo á la noble expresión de su persona.

Tal vez era demasiado elevada, los órganos de la inteligencia estaban fuertemente desarrollados encima de un arqueado entrecejo negro, espeso, como el de la mayor parte de los legistas. Aquella frente indicaba mas vigor intelectual y firmeza de voluntad que filosofía serena y general benevolencia, era la frente de un hombre nacido para subyugar y dominar las pasiones y la inteligencia de los demás hombres por la fuerza de sus propias pasiones, mas bien concentradas que contenidas, y por una inteligencia segura de sí misma. Los demás rasgos de su semblante, de un carácter aguileño, noble y delicado á la vez, estaban en armonía con aquella frente.

El labio ofrecía una extraña combinación de refinamiento exquisito y de inflexible resolución. Su mirada, en la calma, era fria, brillante, impasible, con cierta expresión de distracción y de meditación, que daba con frecuencia á sus palabras la apariencia de ser pronunciadas maquinalmente, como si considerase con indiferencia á las personas á quienes hablaba, hiriendo muchas veces su amor propio, sin que existiese acaso mala intención de parte suya.

Pero en sus ojos sus pupilas podían dilatarse de repente, pasando su matiz del gris al negro, y su brillo frio y tranquilo animarse de un fuego repentino. Nadie, ni aun la mujer mas vulgar, hubiera podido nunca pensar en decir que M. Darrell era hermoso; la expresión hubiera parecido demasiado comun é indigna de él; pero todo el mundo hubiera dicho al verle, poco mas ó menos: ¡Qué semblante tan noble! ¡Qué magnífica cabeza!

Y sin embargo, un fisonomista hubiera podido observar también que los mismos rasgos que anunciaban una cualidad, anunciaban el defecto correlativo, que al lado de una voluntad tan firme, existía una terca obstinación; que al lado de aquella inteligencia pronta y viva, habia una tenacidad de adhesión que detenía y limitaba las ideas, que una vez concebida una prevención, admitida una pasión, se resistiría á los argumentos mas razonables.

Cuando los hombres de este temple renuncian á una preocupación ó á una pasión, lo hacen por sí mismos, despues de adquirir la convicción, la certidumbre de que tal pasión ó tal preocupación son indignas de ellos; y en tal caso, no ceden de buen grado; las arrojan lejos de sí con desden; pero no con desden consolador: arrancan de su existencia lo que ha llegado á ser una parte viva de ellos; su misma carne brota sangre, la herida rara vez se cicatriza, ó no se cicatriza jamás. Es raro que semejantes hombres no lleguen á su objeto, por poco neutrales que permanezcan los hados; pero aunque protegidos por una armadura de diamante contra el mundo, son vulnerables en sus afecciones. Su amor es intenso, pero reservado, su odio es implacable, pero exento de todo pensamiento de venganza. Son demasiado orgullosos para vengarse, sienten demasiado las ofensas para poder perdonar.

El hombre que os hemos retratado era Guy Darrell, á quien el foro reservaba los mayores honores, á quien el Senado habia prodigado los mas entusiastas aplausos. ¿Cómo aquel hombre, en medio de una carrera empezada con tanta energía, rompiendo bruscamente con el mundo, habia abandonado voluntariamente aquella carrera, para ir á aislarse á una casa sin vecindad, á un hogar sin hijos? Cuanto mas examineis el enigma mas complicado os parecerá.

— Yo no creía, dijo Lionel al ver alejarse á M. Darrell lentamente á caballo y desaparecer entre el espeso follaje de los árboles, yo no creía que mi primo fuese tan jóven.

— Llevo un año, dijo Fairthorn; solo me lleva un año.

— ¿Os lleva un año? exclamó Lionel contemplando con nueva admiración el personaje de fisonomía muy madura que tenia enfrente. Sin embargo, es cierto, recuerdo que él me ha dicho lo mismo.

— Yo he cumplido cincuenta y un años.

— ¿M. Darrell tendrá cincuenta y dos? Parece increíble.

— Yo no sé cómo hemos de envejecer con la vida que llevamos, observó Fairthorn, arreglándose sus anteojos. Se decía que aquí no marcha el tiempo. La pesca es también un ejercicio muy favorable para la longevidad. Si quereis venir conmigo iremos por cañas, ¿Y la flau-

ta? ¿Estais bien seguro de que os agrada la flauta? ¿Sí? Gracias, mi querido señor. ¡Y que haya gentes que prefieran el violín!

— El sol aun no está en este momento muy brillante para pescar. ¿Quereis enseñarme la casa?

— Con mucho gusto.

No queremos fatigar al benévolo lector, con un minucioso inventario de la casa de Fawley. No tenia mas título de recomendación que su antigüedad. Tenia muchas piezas pero todas, á excepcion del comedor y la biblioteca, muy pequeñas y bajas, innumerables gabinetes y rincones, cavidades inesperadas que parecian expresamente practicadas para el venerable juego del escondite. Salvo una antigua cocina de nobles proporciones, las oficinas eran insuficientes hasta para el personal doméstico de M. Darrell que solo se componia de dos hombres y cuatro mujeres; los mozos de la caballeriza no habitaban en la casa. No habia salon, hablando con propiedad. En alguna época remota, una especie de galería, encima del piso principal, que se extendia de un extremo á otro de la casa, habia podido servir de recepcion para los convidados en las grandes ocasiones. En efecto, así lo indicaban varios fragmentos de tapicería que pendian aun en girones por las paredes, y una alta chimenea, coronada por una escultura de yeso, representando en relieve la memorable partida de pesca de Antonio y Cleopatra, que conservaba restos del color y del dorado que en sus buenos tiempos harian á la reina de Egipto mucho mas fea, y al pescado suspendido de la caña de Antonio menos parecido á ninguna criatura conocida de los ictiólogos.

La biblioteca habia sido dispuesta por el padre de M. Darrell en estantes que se elevaban hasta el techo, y mas tarde, para poder colocar mayor número de volúmenes, el mismo M. Darrell habia hecho añadir como en las bibliotecas de nuestros colegios universitarios, algunas alas ó proyecciones de ebanistería, que no tenían ninguna pretension del carácter de la edad media. Con aquel salon comunicaba un pequeño gabinete que el amo de la casa se habia reservado; aquel gabinete comunicaba por medio de una escalera de caracol, practicada en la espesura del muro con el dormitorio de M. Darrell, y con otra pieza contigua á la galería, y que M. Darrell habia hecho disponer para experiencias científicas de química ó de física. Lionel no pudo penetrar en aquel santuario.

En suma, la casa de Fawley era una de esas que parecería criminal echar abajo ó cambiar en sus disposiciones principales; pero que ninguna familia moderna podría habitar sin exponerse á mil inconvenientes á cada momento. No estaba de ninguna manera en relacion con el rango que M. Darrell habia ocupado en otro tiempo en el mundo, ni con la fortuna que Lionel le suponía vagamente, aunque sus suposiciones fuesen muy inferiores á la verdad. Como sir Nicolás Bacon, el hombre parecia demasiado grande para la habitacion que ocupaba.

— No me admiro, dijo Lionel, despues que terminada su inspeccion volvió á encontrarse en la biblioteca con Fairthorn, no me admiro de que M. Darrell haya concebido la idea de construir otra casa; pero hubiera sido una lástima demoler esta.

— ¡Demoler esta! No hagais ninguna alusion á semejante idea delante de M. Darrell. Seria lo mismo proponerle la demolicion de la monarquía británica. No seria imposible que esta última proposicion tuviera mas probabilidades de buen éxito.

— ¿Pero la nueva construccion no hubiera ocupado el terreno de la antigua?

— M. Darrell proyectaba encerrar esta separadamente en una especie de patio, rodeado de galerías; y su intencion era acomodarla enteramente á las antigüedades de la edad media, de la cual posee una maravillosa coleccion. Tenia el pensamiento de *ilustrar* todos los antiguos reinados, bajo los cuales han brillado sus antepasados, en diferentes departamentos correspondientes á diferentes fechas. Hubiera sido una crónica de las costumbres nacionales.

— Pero, me direis, si mi pregunta no os parece indiscreta, ¿dónde está esa coleccion? ¿En Londres?

— ¡Cuidado con hablar! Voy á dejaros echar una ojeada sobre algunos de sus tesoros: no me hagais traicion.

Y Fairthorn, con una rapidez singular, que solo empleó en esta circunstancia, pues siempre seguia una marcha oblicua, le llevó al aire libre delante de la casa, despues describió un movimiento romboidal hácia un estribo lateral de los muros del nuevo edificio, en cuyo ángulo se ocultaba una puerta secreta. Abrió aquella puerta con una llave que llevaba en el bolsillo, y haciendo á Lionel una señal para que le siguiese, penetró en los flancos del esqueleto de piedra. Lionel le siguió con una especie de respeto supersticioso y le vió con una alarma real izar un plano inclinado que estrechaba entre sus brazos, hasta una viga que formaba parte de lo que debió ser el piso principal; pero el piso no existia. Fairthorn se encaramó en aquella viga y examinó á Lionel á través de sus gafas.

— Esto es algo peligroso, le dijo en voz baja; pero uno se acostumbra á todo. Si teneis miedo no subais.

Picado por esta duda, Lionel se puso en pié sobre la tabla y abriendo los brazos en forma de contrapeso para guardar el equilibrio, se acercó bien pronto á su guia.

— No me toqueis, exclamó Fairthorn retrocediendo, ó nos caeremos los dos. Ahora, ¡atencion! y haced lo que yo.

Bajándose entonces poco á poco y con precaucion hasta la viga, se montó sobre ella á caballo; despues,

con ayuda de sus piernas y de sus manos, fué avanzando hasta llegar á una pared, sobre la cual se detuvo: allí se limpió los lentes de sus anteojos.

Lionel se reunió á él en seguida.

— ¡Ya estamos! dijo Fairthorn.

— Yo no veo ninguna coleccion, respondió Lionel, mirando por todas partes, á través de las vigas, el suelo desigual sembrado de piedras y de escombros, despues por arriba á través de intersticios semejantes, hasta los grandes cabriales del tejado.

— Aquí hay algunos de los fragmentos mas preciosos, replicó Fairthorn, golpeando á su espalda. Rodeados de muros á excepcion del sitio que se ha cerrado con estas planchas dobles de hierro, con una puertecilla, bastante grande para introducirse por ella; pero está cerrada, cerradura de Chubb, y M. Darrell tiene la llave, ¡hay tesoros para adornar un palacio! No, por aquí no podeis ver nada, no hay ni la menor rendija; pero venid un poco mas lejos, mirad bien donde poneis el pié.

Siguiendo el muro, siempre sobre aquella cresta peligrosa, Fairthorn continuó avanzando, describió un ángulo, y deteniéndose un momento, aplicó el ojo sobre un claro que habian dejado algunas tablas groseramente clavadas á través de una abertura. Lionel encontró por su lado otra rendija, por la cual vió, confundidos en un magnífico desorden, cuadros colgados en una pared desnuda, muebles raros y curiosos, cofres, cajas, todo hacinado y revuelto. Aquel receptáculo tenia un piso grosero de madera blanca, á fin de poder sostener tan extraña mezcla de objetos diversos, y estaba iluminado por una gran ventana, guarnecida de vidrios comunes empañados, con ventiladores.

— Aquí está lo peor, dijo Fairthorn, los objetos menos preciosos, que no seria muy difícil robar, ni aprovecharian mucho al ladrón. Los cuadros que aquí veis son únicamente notables por su antigüedad, destinados al principio á figurar en la antigua casa, pero que ahora están aquí para podrirse y perderse. ¡Yo creo que eso es lo que quiere M. Darrell! ¡Fuerza es que se cumpla su voluntad, querido señor mio! es un carácter extraordinario, un hombre de piedra.

— No comprendo esto, dijo Lionel lleno de admiracion. Es el último hombre que hubiera yo creído caprichoso y extravagante.

— ¡Extravagante! Por amor de Dios no repitais esa palabra, temeria que el techo se desplomara sobre nuestras cabezas. Vámonos de aquí. Ya habeis visto todo lo que se puede ver. Ahora os toca á vos pasar el primero, cuidado con esa piedra.

No volvieron á pronunciar ninguna otra palabra hasta que estuvieron fuera del edificio; y Lionel experimentó entonces sensaciones análogas á las de un caballero de otros tiempos, conducido por un mágico á algun salon sepulcral.

V.

Eran las doce. El jóven y su nuevo amigo estaban á alguna distancia uno del otro, como conviene á dos pescadores silenciosos, á orilla de un arroyuelo que se deslizaba murmurando por en medio de verdes prados, á una media milla de la casa. El cielo estaba cubierto de nubes como habia predicho M. Darrell; pero aun no llovía. Los dos pescadores llenaron en poco tiempo una cesta de truchas.

Entonces Lionel, que no era nada entusiasta por la pesca, dejó su caña en la orilla, y avanzó por en medio de una yerba bastante crecida, hácia su compañero.

— Va á llover, le dijo. Permittedme oír vuestra flauta, durante los pocos momentos que podamos permanecer á la intemperie. Aquí á la orilla del arroyo no estamos bien, porque siempre tendreis los ojos fijos en las truchas. Vamos á sentarnos á la sombra de aquel árbol, en aquella loma. Desde allí se ve mejor la nueva construccion. ¡Qué edificio si se hubiera terminado! Temo ser indiscreto preguntándoos por qué se ha suspendido esa obra. ¿Habrá sido acaso por su excesivo coste ó por no parecer conforme con la propiedad?

— Con la propiedad actual, indudablemente; pero no con la que M. Darrell se proponia añadir á ella. En cuanto al gasto, vos no le conoceis. Nunca hubiera emprendido lo que no hubiera tenido medio de acabar; pero una vez empezada una cosa, la idea de los gastos no le hubiera impedido terminarla. ¡Carácter prodigioso!... ¡un granito! ¡Y tan rico! añadió Fairthorn con expresion de orgullo. Yo puedo saberlo porque soy el que sigo toda su correspondencia relativa á negocios de dinero. ¿Cuánto creéis vos que tiene, sin contar las tierras?

— No puedo adivinarlo.

— Cerca de medio millon de esterlinas: dentro de dos años tendrá mas de medio millon. Y no tenia mas que 300 libras de renta cuando debutó en el foro, porque Fawley estaba terriblemente gravada.

— ¿Es posible? ¿Cómo puede un abogado ganar tanto dinero en el foro?

— Si algun hombre pudiera hacerlo, M. Darrell lo haria en el momento que se resolviera á ello. Pero no proviene del foro todo su dinero, aunque haya ganado en él una gran parte. Un viejo celibato de las Indias orientales, que llevaba su mismo apellido, un M. Darrell de quien no habia oido hablar hasta que él mismo le escribió de Calcuta para preguntarle si eran parientes, sobre lo cual M. Darrell le remitió al colegio heráldico, que probó que descendian ambos de un tronco comun...

(esto hace ya algunos siglos) aquel viejo celibato le dejó toda su fortuna. M. Darrell no dependia pues de su profesion cuando se presentó en el Parlamento. Y desde que estamos aquí, qué economías. No porque sea avaro, pero ¿cómo gastar aquí el dinero? ¡Era cosa de ver los criados que teniamos en Carlton-Garden! ¡Y qué cocinero!... un gentleman francés... que parecia un marqués. ¡Qué buenos tiempos aquellos! Es cierto que aquí dispongo yo la comida, pero esto no puede ser lo mismo. ¿Os gusta la ternera? Hoy la tenemos en casa.

— En el colegio nos la daban los domingos. Entonces me gustaba.

— Es un buen plato, repuso Fairthorn con un movimiento sensual de los labios. Cuando uno vive en el campo hay que ocuparse de la comida... ¡Se puede uno ocupar de tan pocas cosas!

— Pero aun no me habeis respondido, dijo Lionel sonriendo. ¿Por qué no ha sido terminada la casa nueva? ¿y por qué M. Darrell se ha retirado de los negocios y del mundo?

— Son dos ideas que se le han metido en la cabeza, y cuando se le pone una cosa en la cabeza, no se le puede preguntar por qué. Pero, añadió Fairthorn, y su semblante adquirió una expresion de triste seriedad, pero él tendrá sin duda sus razones. Todas las cosas las hace por alguna razón; solamente que esas razones están muy lejos de ser lo que parecen á primera vista, tan lejos como este arroyo de su origen. M. Darrell ha conocido disgustos de los cuales no debemos hablar, ni vos ni yo. El no habla nunca de semejante cosa. Lo menos que puedo hacer por mi bienhechor, es no intentar sorprender sus secretos; y sobre todo no divulgar los que pueda saber. Por otra parte, ¡es tan bueno, tan benévolo! nunca se encoleriza; pero es una cosa tan terrible ofenderle, ¡eso le hace tanto mal! Hé ahí por qué le tengo miedo... un miedo horrible; y lo mismo os sucederá á vos cuando le conozais. ¡Carácter prodigioso! ¡un granito... cubierto de sensitivas! Sí, un poco de música nos hará bien á ambos ahora.

Fairthorn ajustó las piezas de su flauta, que era un hermosísimo instrumento, que M. Darrell le habia dado aquel año de aguinaldo. Hizo que Lionel observara su belleza, y despues empezó. ¡Cosa extraña en las artes, y particularmente en el arte de la música! Fuera de su arte puede haber un hombre tan vulgar que le creais un imbécil... todo lo mas un niño grande. Pero colocadle en su elemento, en su arte, y ¡á qué altura se eleva por encima de vosotros! ¡Con qué facilidad penetra en un cielo con que el está por decirlo así conaturalizado, y abriendo las puertas con su llave de oro, os permite seguirle como un humilde y respetuoso visitador!

Fairthorn era indudablemente un maestro en su arte, y el aire que tocó era de una dulzura y una ternura exquisitas; aquel aire estaba en armonía con el cielo nebuloso, pero en calma... con el paisaje solitario, pero animado por el calor del estío... en armonía con los pensamientos de Lionel, melancólicos, pero no sombríos. Este último pudo solamente murmurar: « ¡Admirable! » cuando el músico se detuvo.

— Es un aire antiguo, dijo Fairthorn; no creo que sea conocido. Lo he encontrado garrapateado en un ejemplar del *Eikon Basilike*, con el nombre de *Joannes Darrell, Eq. Aurat.*, escrito debajo. Era en aquella fecha sir John Darrell el caballero que combatió por Carlos I, y el padre de aquel libertino, sir Ralph, que florecia bajo Carlos II. Los retratos del padre y del hijo están en el comedor.

— Decidme algo de la familia; sé tan poco de ella, hasta ignoro las relaciones de parentesco que parece haber existido hace tiempo entre los Haughtons y los Darrells. He visto por los retratos que el apellido de Haughton lo han llevado en otro tiempo los Darrells, despues lo han abandonado en la apariencia, y ahora lo ha vuelto á usar mi primo.

— Lo usa únicamente como nombre de bautismo; vuestro abuelo fué su padrino. Pero no por eso deja de ser el jefe de vuestra familia.

— En efecto, él lo dice. Pero ¿cómo?

Fairthorn encogió las piernas, levantando hasta la barba las rodillas; despues empezó con el tono de un *ciceroni* que sabe su relacion de memoria, pero no tardó en animarse con el asunto de que se ocupaba.

« Se cree que los Darrells descienden de un caballero del reinado de Eduardo III, el cual en un torneo sostuvo victoriosamente la liza contra todos los que se presentaban, por lo que fué llamado, ó se llamó él mismo, John el *Dare-all* (desafia á todos) por corrupecion Darrell. Figuraban entre las mas poderosas familias del pais; enlazándose con las casas mas ilustres, los Montfichets, los Nevilles, los Mowbrays: gracias á tales enlaces, hasta la sangre de los Plantagenets circula por sus venas. Encontrareis sus nombres en las crónicas de la época de las primeras guerras contra la Francia.

» Desgraciadamente siguieron el partido del conde de Warwick, el *facedor de reyes*, al cual les unian vínculos de parentesco; el representante de la familia murió herido en la fatal batalla de Barnet; sus bienes fueron confiscados, como era de esperar, y el heredero de aquel desgraciado partidario político pasó á los Países Bajos, donde se alistó como simple soldado.

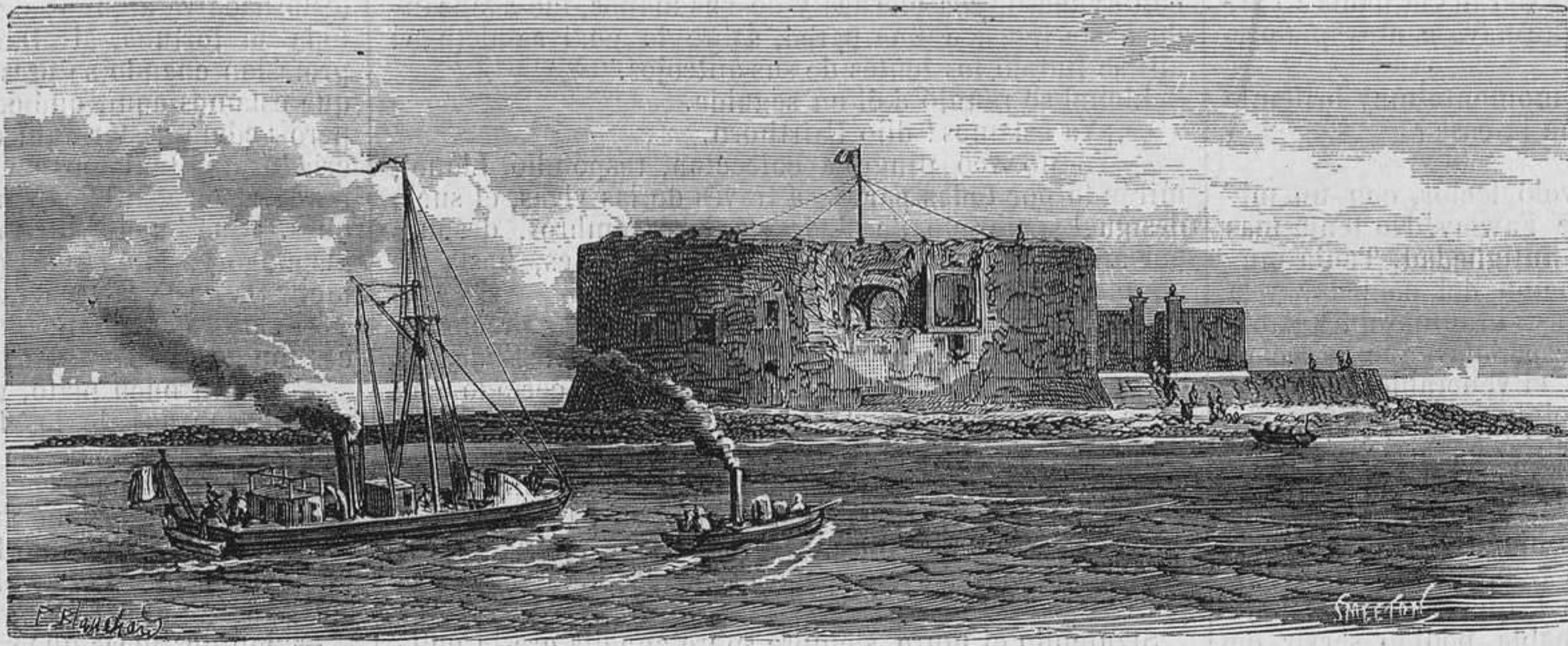
(Se continuará.)

El fuerte de Enet.

Y LOS PONTONES DE LA EMBOCADURA DEL CHARENTE.

El autor de nuestros dibujos nos dice lo siguiente:

Acabo de recorrer las pintorescas costas del departamento del Charente Inferior y las islas de la rada: la isla Madama, la isla de Aix, la isla de Oleron y por fin, el islote de Enet con su fuerte, que sir-



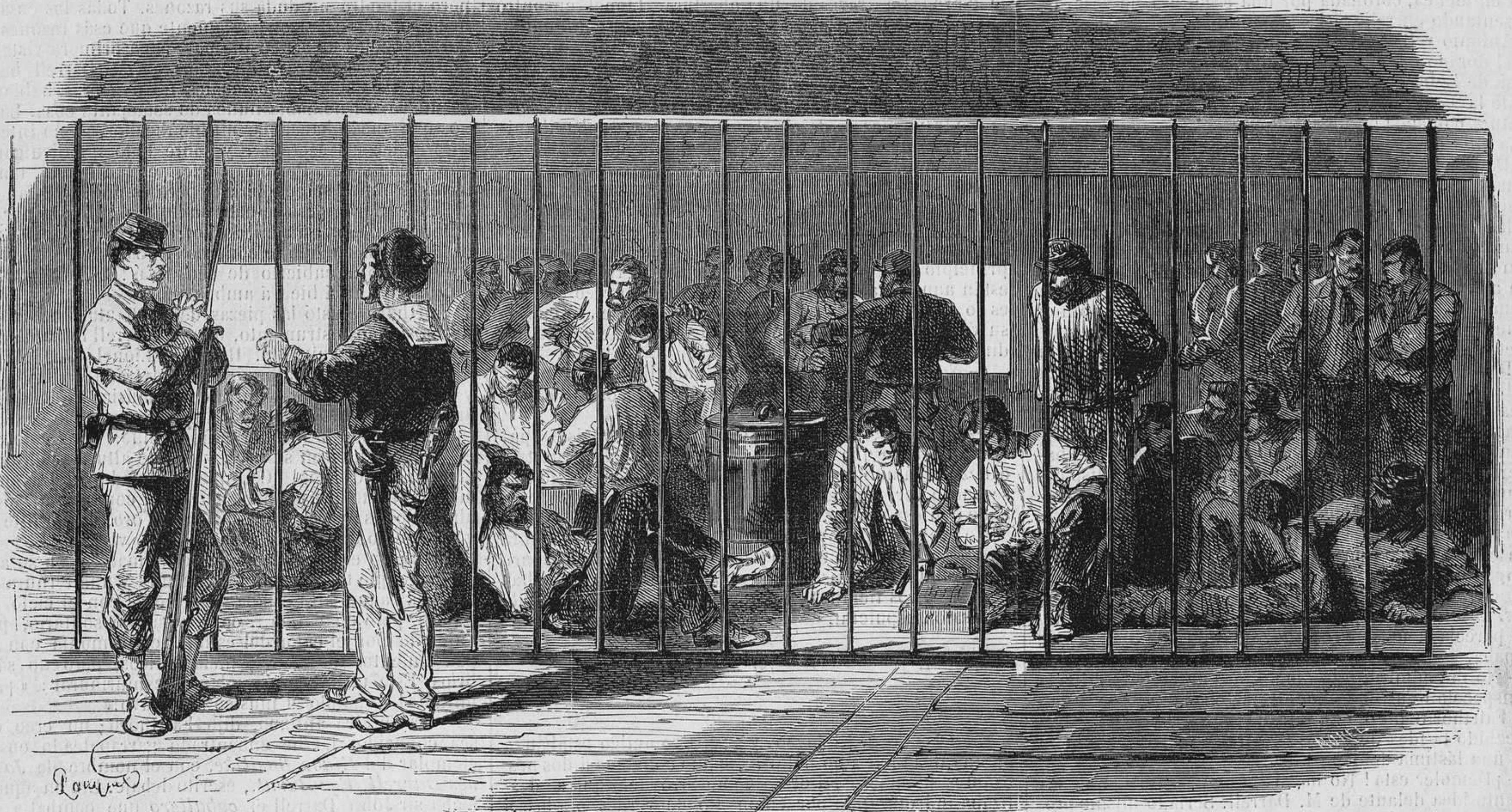
El fuerte de Enet. — Rada de la isla de Aix, lugar de detención de los prisioneros insurrectos.

ve tambien de prision á los insurrectos de la Commune.

Hállase situado entre la isla de Aix y el cabo Fouras, y con la marca alta se encuentra aislado por todas partes.

Al distinguir de lejos ese fuerte, sentí una penosa sensacion. En un punto su muralla está descascarada por las bombas.

¡Sinistras manchas que me hicieron recordar los rigores del terrible invierno del año último, los prusianos, el hambre, el bombardeo. ¿Había sido tambien bombardeado



El compartimiento de la batería, á bordo del ponton la *Iphigénie*.

el fuerte de Enet? ¿Había pasado por allí algun enemigo? ¿Eran aquellas las señales que habia dejado su paso? Yo lo creia tanto mas cuanto que una de las troneras estaba medio destruida.

Pero al acercarme, la vista de una placa de blindaje incrustada en el muro, me dió muy luego en qué reflexionar.

Con efecto, no tardé en saber que sobre esa placa hacia sus pruebas de tiro la artillería.

Todo se explicaba; y la situacion penosa de que acabo de hablar desapareció de repente, pero para dar lugar á otra que no tenia nada de mas agradable.

He dicho que en el fuerte de Enet habia insurrectos de la Commune. Hay algunos, como en todos los fuertes próximos, bastante inocentes, segun dicen, y otros pobres extraviados que por comer tomaron parte en la insurreccion.

Todos ellos esperan ansiosos que la justicia haya pronunciado sobre su suerte.

¿Volverán á ver su pais y su familia, ó irán á parar, llevados por los buques, á una tierra lejana, perdida en las profundidades del Océano? ¿Quién sabe! Cuando salí del fuerte ví algunos de los prisioneros sentados en las troneras que contemplaban las embarcaciones en direccion á la costa. Aquella mirada era todo un drama...

Su posicion no es mala; rela-



El fuerte de Enet. — Prisioneros mirando el mar en una tronera.

tivamente hablando, y preferible á la de los prisioneros encerrados en los pontones de las bocas del Charente.

Nada mas triste que el aspecto de esos pontones.

Hay cuatro, bajo la vigilancia de un buque siempre pronto: tres fragatas, la *Foudre*, la *Pandore*, la *Iphigénie* y un transporte, el *Orne*, que contienen entre todos 2,023 prisioneros, los cuales añadidos á los 450 del fuerte Boyard, hacen 2,500. El compartimiento de cada batería les sirve de cárcel. Tal como los he visto están figurados en mi dibujo.

C. P. D.

Recuerdos

DE UN GUARDIA MÓVIL.

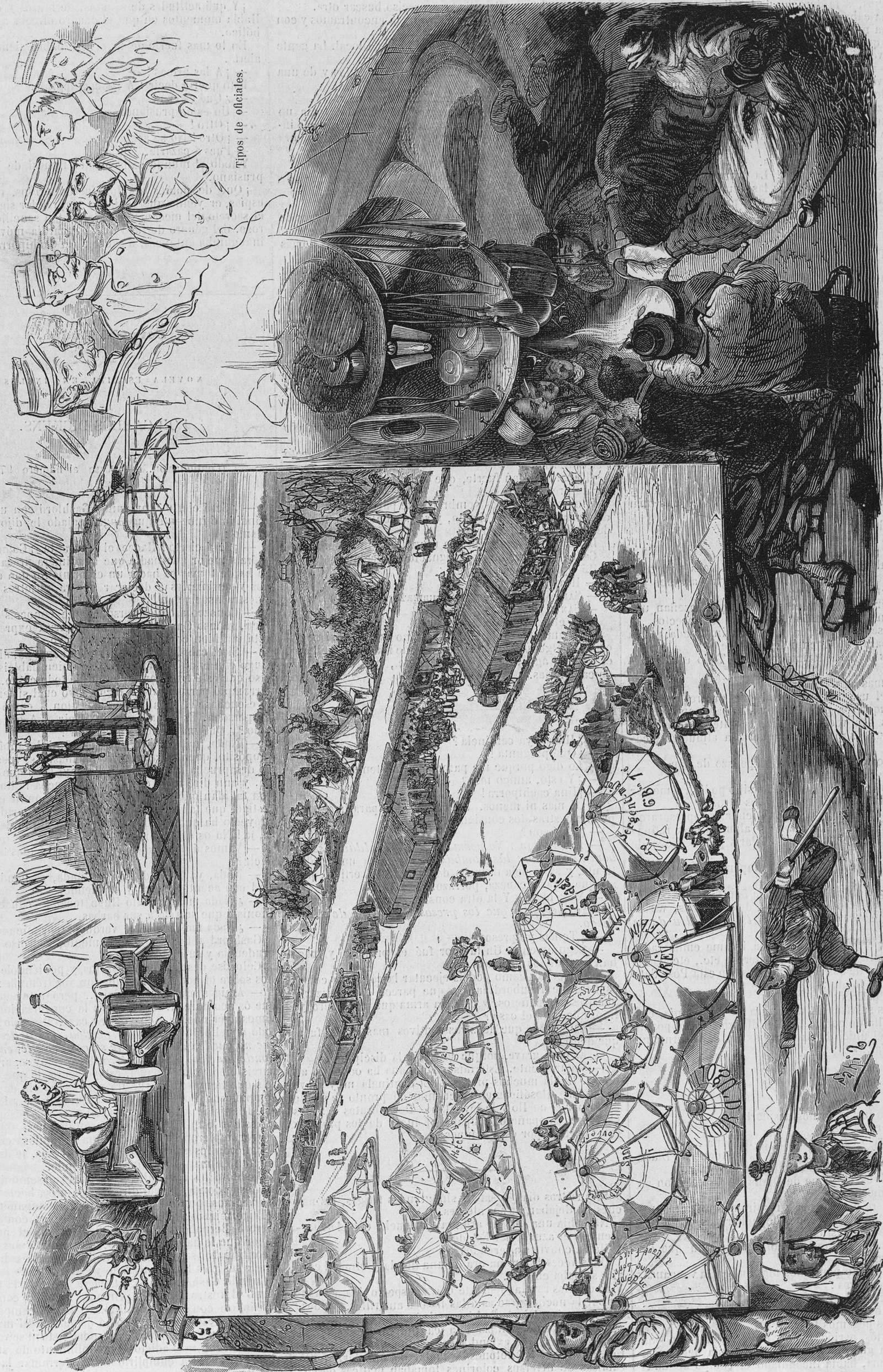
(Continuacion.)

V.

Apenas el tren vuelve á ponerse en marcha, la impresion dolorosa se borra, y se acaban los propósitos de docilidad y de prudencia.

Las portezuelas se abren de nuevo, y otra vez empiezan los coloquios desde los estribos.

RECUERDOS DE UN GUARDIA MOVIL.



Tipos de oficiales.

VISTAS DEL CAMPAMENTO DE CHALONS.

Caza de espías prusianos.

Trajes de capricho.

Aspecto interior de una tienda despues de la retreta.

- ¡Mira, una mujer sola!
 — ¿En dónde?
 — Allí lejos, á la derecha de los álamos.
 — Es una cabra.
 — Es una mujer, ¿estás ciego?
 — Tú sí que lo estás.
 — Pues voy á verlo.
 — Pues anda.

Y el calavera se lanza al través de los campos, se llega á la aldeana, habla algunos segundos con ella, la da un abrazo y se vuelve.

El conductor del tren espera. Diríase que le han dado la órden de obedecer á nuestros caprichos ó que es cómplice de ellos.

— ¡Epernay! Cinco minutos.

¡Una estacion! ¡Qué gozo! La primera en donde se hace escala. Todas las demás las hemos pasado de largo. Hasta ahora no ha habido mas paradas que en medio de los campos, lejos de las habitaciones.

— ¡Hurra por Epernay! la gran fábrica de vinos de Champaña.

Se toma por asalto el buffet.

Los jefes brindan con los soldados.

En resumen, la gente se alegra.

— Señores, al tren.

Silba la máquina y echa á andar como antes.

Quien va *piano* va *sano*, dice una mitad de proverbio.

El hecho es que salvo un herido y un muerto, algunos miembros mas ó menos contusionados y media docena de caras arañadas por los alambres telegráficos, el batallon llega por fin á Mourmelon-le-Petit, en el mas perfecto estado de conservacion.

En nombre de nuestras madres ¡oh valeroso maquinista tan calumniado! recibid la bendicion de todos nosotros.

No se ha parado la máquina cuando todo el mundo está ya en el anden.

Nos mandan formar cuatro de fondo y obedecemos maquinalmente.

Se emprende la marcha que dura un par de horas. Silencio casi completo. Negras reflexiones bajo el blanco sol. Cansancio general.

Se llega al campamento.

— ¡Cómo! ¿Es eso?

— ¡Adios ilusiones!

Una instalacion inmensa de gigantescos paraguas, cuyos mangos están clavados en la tierra, así nos parecen las tiendas al exterior.

En el interior jergones desgarrados que enseñan una paja seca y negra en donde pululan los insectos.

¡Y qué insectos! toda la coleccion inventada por la naturaleza para el tormento del hombre.

Los *turcos* habian dormido allí. — Todo está explicado.

Pero hay mas aun.

A pesar del uso muy racional que quiere que todo hombre, aunque sea guardia móvil, trabaje con los dientes al menos dos veces por dia, la intendencia habia creído oportuno suprimirnos aquel dia almuerzo y comida.

Nada que comer, ni siquiera un pedazo de pan.

Felizmente la aldea está cerca.

Los que aun tienen algo en el bolsillo podrán remediar la falta gubernamental; pero ¿y los otros?

Los cucos en cuanto vieron las tiendas se apresuraron á buscar abrigo en Mourmelon; y algunos mas refinados y atrevidos, se volvieron á Paris por la línea de Chalons á Reims.

Los que se quedaron en el campamento, pronto se acuestan.

Sin embargo, antes escriben á la familia.

¡Y qué cartas! Cartas siniestras, desesperadas, variaciones sin fin sobre este tema: *¡El último dia de un condenado á muerte!*

Todo está perdido. Ha sido una infame emboscada. Jamás se volverá á ver el techo paterno, etc., etc.

Ocho páginas de cosas lamentables con esta Post-data invariable en el fondo:

« Queridos padres:

» Si quereis suivizar la amargura de mi agonía, enviadme á vuelta de correo todo el dinero de que podais disponer. Es el único bálsamo capaz de devolverme mi pasada energía... »

VI.

Un toque de trompeta nos despierta.

— ¿Qué es eso?

Se mira el reló: las cuatro de la mañana...

— ¡Ah! sí, somos soldados y es el toque de Diana para las tropas acampadas en nuestro derredor.

¡Qué bonito es el toque de Diana en la estacion en que nos hallamos!

Saltamos fuera de la cama y respiramos un aire embalsamado. ¡Qué gozo despues de haber pasado la noche entre miasmas pestíferos!

La noche ha sido horrible, con la sucesion que los *turcos* nos legaron.

Una vez en pié no pensamos mas que en la venganza. ¡Mueran los verdugos!

Y sobre la marcha.

Recogemos cuidadosamente toda la paja, hacemos montones y los pegamos fuego...

Al otro dia los periódicos de Paris anunciaban con espanto que la guardia nacional movilizada del departamento del Sena, habia incendiado el campo de Chalons.

Rectifiquemos; ni una estaca de las tiendas pereció en aquella hoguera de animalillos infernales.

Quemada aquella paja, era preciso buscar otra.

Trabajo nos costó; pero en fin, la encontramos y con ella hicimos nuevos jergones.

Primera manifestacion de la industria local. La gente de Mourmelon nos trae camas de madera.

Eran enormes leños rústicamente pegados y de una solidez á toda prueba.

Alquilaban aquello á 4 fr. 25 cént. por mes.

El interior de las tiendas, ya tan extraño, toma un aspecto mas estrambótico aun, cuando se ha logrado introducir á viva fuerza aquella leña blanca que figura camastros.

El campo ocupa una extension de unas tres leguas de largo, segun dicen: lo cierto es que yo nunca vi el fin. Nos repartimos por batallones del 4º al 14º y los demás se acomodan enfrente.

Las tiendas de los soldados, cabos y sargentos están juntas, y detrás se hallan las cantinas.

Mas allá están los oficiales fuera de la línea, en residencia aparte.

Allí hay verdura, árboles enanos, las tiendas tienen camas de hierro y asientos de tijera: parecen cuartos del Gran Hotel.

El hecho es tan cierto que muchos oficiales no queriendo vivir solos con tanto lujo, se apresuran á llamar á sus señoras, de lo cual resulta una prohibicion absoluta á los soldados de pasar por el campamento de los oficiales.

En pocos dias, el indígena del pais latino atontado en un principio, recobra su imperio.

Lo primero que hace es evitar el reglamento respecto del uniforme.

¡El calor es tan fuerte, que no puede menos de servir de pretexto!

Compran inmensos sombreros de paja á 45 céntimos, dejan la levita en la tienda, y se presentan en mangas de camisa de mil colores.

La moda es llevar una faja muy alta y bien ceñida.

Cada tienda recibe su designacion especial.

Hé aquí algunos ejemplos:

— HOTEL DEL HAMBRE.

— SALON DE LOS DOCE SIN CUBIERTOS.

— SANTA PELAGIA.

Etc., etc., etc., etc.

Francamente hablando, la vida no es mala, si se exceptúan algunos servicios como el de ir á buscar el pan, el vino, el aguardiente, el arroz, etc., que es un oficio de caballerías.

— ¿Hacéis ya centinela?

— ¡Qué pregunta!

— Lo digo porque me parece que no teneis fusiles.

— ¿Y esto, amigo mio?

— ¡Una cachiporra!

— Ni mas ni menos. Y basta y sobra para hacer respetar nuestras dos consignas.

— ¿Qué son?

— La primera: *No permitir que los soldados se jaban debajo de las bombas.* Se presenta un recaliente, y se le deja despues de haberle advertido; pero así que baja la cabeza, porrazo.

— Muy bien. ¿Y la otra consigna?

— *No permitir que los presos tomen las de villadiego.*

— ¿Teneis ya presos?

— Seguramente. Un tambor fué el primero y luego han seguido los músicos...

— Sí; pero ¿cómo podeis ejecutar la consigna con el espíritu de insubordinacion que parece caracterizar á vuestros compañeros, y con esa arma que considero yo impropia para el caso?

— Así sucede que nuestros cautivos mas están fuera que dentro.

— Es cosa grave, porque se relaja la disciplina.

— Seguramente. Esta misma mañana ha ocurrido un caso... Habia muchos presos... El centinela muy grave se paseaba filosóficamente, cuando hoy de pronto se siente asido por el cuello y le levantan... Dos minutos despues el pobre compañero ocupaba el lugar de los presos y estos corrian por esos campos...

Si nuestros dias pasaban sin grandes fatigas, las noches no dejaban de ser alegres.

No habia una que no ardiera un ponche con el aguardiente y el azucar del Estado.

Habia convites alternados.

Unas veces la broma era en una tienda y otras el convite se daba en otra.

Nada mas resplandeciente que el aspecto de una tienda por la noche, gracias á las llamas amarillas, verdes, azules y rojas del alcohol incendiado.

Aquí el reflejo bañaba una cantimplora colgada del palo mayor, allí se extendia sobre una placa de cinturón, allá sobre los botones de metal de una levita. Las camisas de diversos colorines tomaban matices desconocidos y fugitivos.

Al través del humo de las pipas, los semblantes tomaban las tornasoladas coloraciones del ponche.

¡Y qué actitudes de cabezas, de brazos y de piernas! Habia momentos en que el cuadro ofrecia algo de diabólico.

En lo mas fuerte de la *orgía* habia siempre alguna alerta.

— ¡A las armas!

Esto queria decir: A las cachiporras.

— ¿Qué es eso?

— Un espía prusiano.

— ¡Otro!

— ¡Otro! No se acaban.

— Pues á cazarle.

Y todo el mundo salia con el frenesí de alcanzar á prusiano.

¡Qué de pobres diablos fueron presos, creyéndoles espías, creyendo que venian á sorprender sigilosamente el secreto del mecanismo *interno* tan sencillo y poderoso, del género de fusil que la guardia móvil del Sena inauguraba entonces, á saber: ¡la Cachiporra!

J. D.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 977.)

— ¿Será cierto? preguntó Gashford con un aire tan cándido é inocente que Hugo enojado le dijo con sarcasmo:

— ¡Será cierto! Hacedos el ignorante. ¡Como si no supierais mejor que nadie que la primera precaucion que se ha de tomar es hacer un escarmiento con esos testigos y enseñarles á declarar contra nosotros y contra nuestra Asociacion!

— Conozco á cierta persona, que conoceis vos tambien, repuso Gashford con una sonrisa expresiva, que está tan bien enterada como vos y yo.

— Si el caballero á quien, segun supongo, aludís, dijo Hugo con enojo, es el mismo de quien hablais, es preciso que esté tan bien enterado de todo como... y se interrumpió para mirar en torno suyo cual si temiera que le escuchase el caballero en cuestion... como el diablo en persona. Es cuanto puedo decir. ¿A eso se reduce todo? ¿Qué mas teneis que añadir?

— Nada, nada mas, dijo Gashford levantándose. A propósito, queria preguntaros además... si vuestro amigo desapruaba la expedicion de hoy. Creo que la aprueba, y aun diré mas, creo que la aprueba tanto y desea con tal afan que se dé una buena leccion á ese señor testigo, que tan pronto como ha oido hablar de vuestro proyecto ha querido que se ejecutase sin tardanza. ¡Ja, ja, ja! No os detengais por mí.

— Vamos á partir al momento. ¿Qué mas teneis que decir?

— Nada, ya os he dicho que nada, respondió Gashford con acento meloso y sonriendo.

— ¿Nada mas? repitió Hugo tocando con el codo á Dionisio que se reia á sus barbas.

— ¿Nada mas? dijo el verdugo reprimiendo la risa. Gashford reflexionó un momento, indeciso entre su prudencia y su maldad.

Colocóse despues entre los dos, y poniéndoles las manos sobre el hombro, les dijo con voz trémula:

— Amigos míos, no olvidéis... pero estoy seguro de que os acordareis... no olvidéis la conversacion que tuvimos ayer noche... en vuestra casa, Dionisio... Sobre todo aquello de: *Nada de perdon, nada de cuartel, que no queden dos vigas de su casa en pié, en el sitio donde las puso el carpintero.* Pero estoy seguro de que hareis bien vuestro papel, estoy seguro de que recordareis que tiene sed de vuestra sangre y de la de vuestros compañeros. Portaos hoy como quien sois. ¿Lo hareis así, Dionisio? ¿Lo hareis así, Hugo?

Los dos le miraron y se miraron despues.

Prorumpieron entonces en una estrepitosa carejada, blandieron los garrotes sobre sus cabezas, le dieron un apretón de manos y salieron corriendo.

Gashford les dejó salir, y despues se asomó á la puerta, desde donde les vió dirigirse de prisa hácia los campos vecinos, punto de reunion de sus compañeros.

Hugo miraba hácia atrás y hacia señas con el sombrero á Bernabé que, enorgullecido con el puesto de honor que le habian confiado, respondia á sus saludos y continuaba su paseo por delante de la caballeriza, donde sus piés habian trazado ya una senda.

Cuando Gashford, que estaba ya lejos de la taberna, volvió el rostro por vez primera, Bernabé continuaba paseándose con airoso continente. Era el campeón mas fiel y mas resuelto que existió jamás en el mundo en defensa de una ciudadela; no se ha visto ni se verá nunca un corazón mas adicto al cumplimiento de su deber ni mas resuelto á cumplirlo hasta derramar la última gota de sangre.

Gashford se sonrió al ver la sencillez del pobre idiota,

y se dirigió también hacia Walbeck-Street haciendo un largo rodeo. Subió al primer piso de la casa de lord Jorge Gordon, por cuya calle debía pasar Hugo y su partida, y sentándose detrás de la cortina de una de las ventanas, esperó con impaciencia su llegada.

Tardaron tanto en pasar que, á pesar de que estaba cierto de que no cesarian en su empresa, abrigó momentáneamente el temor de que hubiesen cambiado de plan ó de itinerario.

Se oyó por fin rumor confuso de voces en los campos vecinos, y algunos momentos despues desfilaron en tropel formando una partida numerosa.

Sin embargo, vió que faltaban muchos cuando llegaron divididos en cuatro secciones, se pararon una tras otra delante de la casa para dar tres vivas, y siguieron su camino despues que los jefes que los guiaban les dijeron adonde iban, invitando á los espectadores á formar parte de la expedicion.

La primera columna, que llevaba como banderas algunos restos del saqueo que habian consumado en Moorfield, dijo que se dirigian á Chelsea, de donde volverian en el mismo órden para encender cerca de allí una hoguera con los despojos que trajeran.

La segunda declaró que iban á East-Smithfield con el mismo objeto.

Todo esto sucedia en pleno sol y en medio del dia. Los lujosos coches y las sillas de manos se paraban para dejarlos pasar ó retrocedian para evitar su encuentro, los transeuntes se formaban en dos filas respetuosas ó pedian á los amos de las casas el permiso de entrar en los patios ó en las tiendas para esperar que pasase la turba, pero nadie intervenia, y cuando habia desaparecido la oleada de miserables, cada cual continuaba su camino.

Faltaba aun la cuarta division, que era la que el secretario esperaba con mas impaciencia.

¡Miradla por fin que llega! Era numerosa y compuesta de hombres escogidos, porque esforzándose en reconocerles, vió entre ellos caras que no le eran desconocidas, y á la cabeza de la turba, como era natural, vió á Simon Tappertit, á Hugo y á Dionisio.

Hicieron alto como los demás para dar los vivas, pero cuando continuaron su marcha, no publicaron el objeto que se proponian. Hugo se contentó con enarbolar el sombrero en la punta del palo, y partió despues de dirigir una mirada á un caballero que estaba allí como espectador en la acera opuesta de la calle.

Gashford siguió por instinto la direccion de aquella mirada, y vió en pié y con una escarapela azul á sir Chester, que se quitó el sombrero para saludar á la turba, y se apoyó despues con gracia en el baston, sonriendo de la manera mas afable y ostentando en su traje aseado y su noble figura con actitud elegante, fina y tranquila. Esto no impidió que Gashford le viera hacer un ademán de proteccion á Hugo cuando le reconoció al pasar, porque el secretario, olvidando á la turba, no tenia ojos mas que para sir Chester.

Este permaneció en el mismo sitio y en la misma actitud hasta el momento en que el último hombre de la turba dobló la esquina. Entonces se quitó el sombrero sin vacilar, y desatando la escarapela, se la puso en el bolsillo para la próxima ocasion.

Tomó luego un polvo para despejar la cabeza, cerró la caja y continuó su paseo muy despacio.

Al mismo tiempo pasaba un coche que se paró, una mano de señora hizo bajar el cristal, y sir Chester se acercó al momento sombrero en mano. Al cabo de un momento ó dos de conversacion en la portezuela, indudablemente acerca del motin, subió con ligereza en el coche que partió al trote.

El secretario se sonrió, pero tenia otros proyectos mas graves en la cabeza y no pensó mas en esta galante aventura.

Le sirvieron la comida, pero no probó bocado, y pasó cuatro horas mortales paseándose de un extremo á otro de su aposento sin fin ni descanso, dirigiendo continuas miradas al reloj, haciendo inútiles esfuerzos para sentarse y leer, reclinándose en la cama ó mirando por la ventana.

Cuando vió en el cuadrante que habia pasado el tiempo convenido subió con furtivo paso á los pisos superiores de la casa, salió al tejado y se sentó con el rostro vuelto hácia el Oriente.

No se cuidaba del viento que refrescaba su frente sudorosa, ni de la multitud de tejados y chimeneas que tenia bajo sus ojos, ni del humo y la neblina que velaban el horizonte, ni de los gritos penetrantes de los niños en sus juegos de la tarde, ni del sordo rumor que zumbaba en Londres, ni del alegre hálito que venia de la campaña para perderse y extinguirse en el horno de la gran ciudad. No, miraba... miraba sin cesar otra cosa hasta en la oscuridad de la noche, matizada aquí y allá únicamente por algunos regueros de luz á lo largo de las calles, y cuanto mayor era la oscuridad, mas aumentaban tambien su intension y su inquietud.

— Nada mas que sombras en esa direccion, murmuraba á cada instante. ¡Estúpido! ¿En dónde está esa aurora boreal que habia prometido hacerme, ver esta noche en el cielo?

LIV.

El rumor de los desórdenes de la ciudad habia circulado ya por las aldeas y casas de campo de las cercanías de Londres, y cada vez que llegaban noticias frescas,

estaban seguras de ser recibidas con ese apetito por lo maravilloso y esa afición á lo terrible que son probablemente desde el principio del mundo uno de los atributos característicos de la especie humana.

Sin embargo, estos rumores, á los ojos de las personas de aquella época, como lo serian hoy á los nuestros si los hechos no estuvieran consignados en la historia, parecian tan monstruosos é inverosímiles, que un gran número de gentes que vivian lejos de Londres, por crédulos que fuesen en otras cosas, no podian realmente concebir que fuesen posibles, y rechazaban los detalles que por diferentes conductos recibian como puras fábulas, como fábulas absurdas.

El tio Juan Willet, resuelto á no creer nada segun razones infalibles que él mismo se daba y segun la obstinacion característica de que tenemos ya numerosas pruebas, era uno de los que se negaban á hablar sobre un asunto tan ridículo. Aquella misma noche, y tal vez en el momento que Gashford estaba de atalaya en el tejado, el tio Juan tenia la cara tan encendida de tanto mover la cabeza para contradecir á sus tres antiguos compañeros de botella, que era un verdadero fenómeno, y muchos hubiesen pagado cualquier cosa por ver aquella cara rubicunda en el portal del Maypole donde estaban sentados los cuatro, brillar como los carbunclos monstruosos que se encuentran en los cuentos de hadas.

— ¿Creeis acaso, caballero, dijo el tio Juan mirando fijamente á Salomon Daisy (porque era su costumbre, siempre que tenia un altercado personal, encarnarse contra el mas débil), creeis acaso que soy idiota de nacimiento?

— No, no, Juan, respondió Salomon dirigiendo una mirada en torno suyo. No somos tan necios para creer semejante cosa. ¡No sois un idiota, Juan, no, no por cierto!

Cobb y Parkes menearon la cabeza á compás diciendo entre dientes: «No, no por cierto.»

Pero como esta clase de cumplimientos solo contribuian por lo general á que el tio Juan fuese mas testarudo que antes, les examinó con ademán de profundo desprecio y les respondió en estos términos:

— En ese caso ¿á qué viene lo que me decís de que esta noche vais á dar una vuelta hasta Londres para cercioraros de la verdad por vuestros propios ojos? ¿Acaso no os basta el testimonio de mis sentidos? les dijo el tio Willet poniéndose la pipa entre los dientes con expresion de solemne repugnancia.

— Pero nosotros ignoramos lo que pasa, Juan, dijo humildemente Parkes para excusarse.

— ¿Ignorais lo que pasa, caballero? repitió el tio Juan mirándole de piés á cabeza. ¡Ah! ¿Lo ignorais? Lo veo. ¿No os he dicho que su bendita majestad el rey Jorge III no permitirá que el motin se pasee por las calles de su buena ciudad de Londres ni se dejará insultar por su parlamento?

— En hora buena, Juan; pero eso no es mas que el testimonio de vuestro buen sentido, nada mas, repuso Parkes.

— ¿Y qué sabeis? dijo el tio Juan con dignidad. Os permitis contradicciones muy palmarias, caballero. ¿Qué sabeis vos si es esto ó si es aquello? Me parece que aun no lo he dicho.

Viéndose Parkes embarcado en una discusion metafísica de la cual no sabia cómo salir, balbuceó una apología y se declaró en retirada ante su antagonista.

Siguió á este diálogo un silencio de diez ó doce minutos, despues del cual el posadero principió á murmurar, á mover la cabeza riendo y á hacer acerca de su difunto adversario la observacion de que le habia aniquilado.

Cobb y Daisy se rieron tambien con ademanes de cabeza afirmativos, y Parkes fué considerado definitivamente como un hombre fuera de combate.

— ¿Os figurais que si eso fuera cierto estaria aun ausente M. Haredale? dijo el tio Juan despues de otra pausa. ¿Creeis que no hubiera tenido miedo de dejar su casa sola con dos niñas y dos criados por toda defensa?

— Es cierto, pero su quinta se halla muy distante de Londres, y sabeis que los revolucionarios no se alejan á mas de dos ó tres millas. La prueba de esto es que muchos católicos, para mayor seguridad, han enviado sus alhajas y su vajilla de plata á las aldeas... Al menos, así se dice.

— ¡Se dice, se dice! repitió el posadero con acento enojado. Sí, señor, se dice, así como se dice que visteis el mes de marzo un aparecido, pero nadie lo cree.

— Pues bien, dijo Salomon levantándose para distraer la atencion de sus amigos que principiaban á reirse de la ocurrencia del posadero, que lo crean ó no, que sea verdadero ó falso, si queremos ir á Londres lo mejor será partir cuanto antes. Ea, pues, Juan, venga esa mano, y buenas tardes.

— Yo no doy la mano, repuso el tio Juan que se puso las suyas en el bolsillo, á personas que van á Londres para ver necesidades.

Los tres amigos se contentaron con estrecharle los codos á falta de las manos, y despues de esta ceremonia, se encaquetaron los sombreros, cogieron los palos y las capas, le dieron las buenas noches, y partieron prometiéndole que á la mañana siguiente le traerian noticias verdicas sobre el estado real de la ciudad, añadiendo que si la encontraban tranquila, cantarían la palinodia.

Juan Willet les vió alejarse por el camino iluminados por los dorados rayos del crepúsculo, sacudió la ceniza de la pipa, se rió de la locura de sus amigos, y despues de sosegar, porque necesitaba tanto tiempo para reirse como para pensar ó hablar, se sentó con la espalda

apoyada en la pared, alargó las piernas sobre el banco, se tapó la cara con el delantal y quedó sumido en un profundo sueño.

(Se continuará.)

La escuela veterinaria de Alfort.

La medicina veterinaria es una rama del arte de curar que muy descuidada antiguamente en Francia, tiende desde hace años á seguir los progresos realizados por la medicina humana. ¿Cómo no seria así en una época en que todas las fuerzas de los pueblos, como todos los esfuerzos de los individuos parecen inclinarse hácia un incesante aumento de la produccion nacional y de la riqueza pública? ¿Cómo pues, la medicina veterinaria no se habria de armonizar con la medicina de los hombres? ¿Quién podria desconocer que la existencia de un personal medical numeroso é instruido, debe ejercer la mejor influencia en la agricultura, la industria y el trabajo? ¿Todo lo que toca á la higiene de los animales domésticos es digno de atencion y de estudio!

No nos extrañe pues, el puesto que debe ocupar la medicina veterinaria en la escala de los conocimientos necesarios á un pueblo bien gobernado, el interés que merecen sus progresos, el favor con que deben mirarse los establecimientos en donde se da tan útil enseñanza. Mucho tiempo antes de nuestra época su importancia habia ya llamado la atencion de los hombres superiores que desde el principio de la primera revolucion francesa pensaron en el seno de la Asamblea constituyente en regenerar la instruccion pública. El célebre M. de Talleyrand se expresaba así en su sabio dictámen sobre la instruccion pública:

«Que la medicina y la cirugía de los animales, decia el futuro diplomático, deben reunirse á la medicina humana, es una proposicion cuya verdad se reconoce desde luego. Los grandes principios del arte de curar no cambian, solo su aplicacion varia. Preciso es pues, que no haya mas que un género de escuela, y que despues de haber sentado las bases de la ciencia, se trata por modos diversos de perfeccionar todas las partes que la componen.»

Estas verdades se han reconocido, aunque al cabo de tiempo, y la Academia de Medicina comprende hace ya años en su seno una seccion de medicina veterinaria.

Justo es decir que en la época á que nos referimos, la Francia poseia dos escuelas de veterinaria, la de Lyon, fundada por Bourgelat, y la de Alfort. La de Toulousa se creó posteriormente. Sin embargo, si la escuela veterinaria de Alfort debe la gran fama de que disfruta á la proximidad de la capital, que la tiene así á corta distancia de todos los recursos científicos y de todas las luces de este gran foco del mundo intelectual, no hay duda que la debe tambien al talento de sus profesores: ella, en efecto, sirve en cierto modo de tipo y de modelo para la enseñanza veterinaria en Francia, y ella es la que visitan con preferencia los extranjeros que desean instruirse ó compararla con los establecimientos análogos que pueden existir en sus respectivos países.

Alfort, doblemente amenazado por la revolucion francesa á causa de su título de escuela real, pareció que no sobreviviria á la proscripcion general. No obstante las elocuentes protestas de Talleyrand-Perigord y de Vieq-d'Azir, no pudo salvarse sino mediante su organizacion militar propuesta por el doctor Vitet, alcalde de Lyon, y aplicada á los profesores, á los pasantes y á los alumnos.

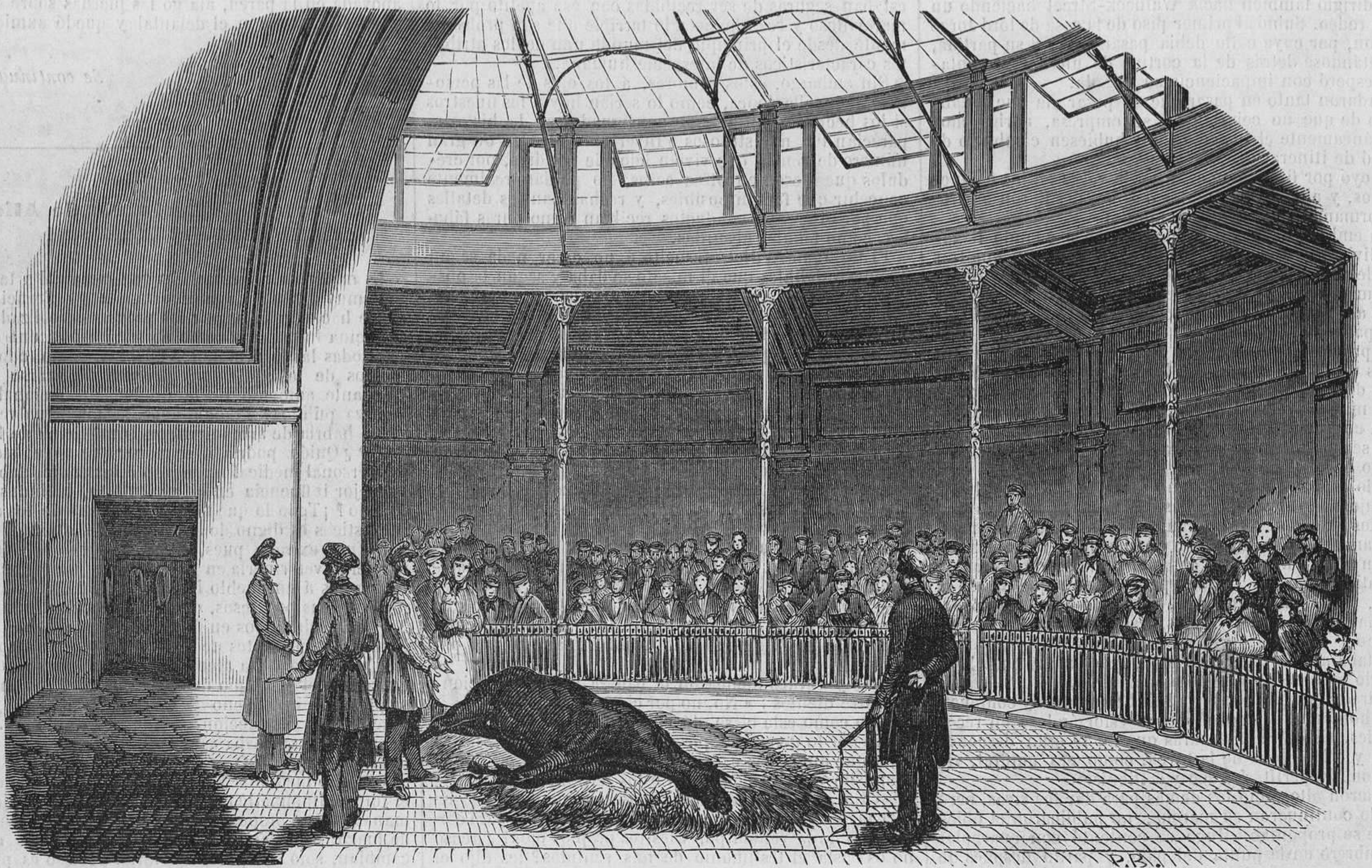
La Convencion mantuvo la escuela por necesidad, pues vió sin duda en ella un plantel de herradores para los regimientos de caballería; pero en suma, consideró á Alfort como una institucion que era preciso conservar para la paz lo mismo que para la guerra, y por decreto de 20 de marzo de 1793 eximió de quintas á los profesores y alumnos de Alfort y de Lyon.

En el año III, estas dos escuelas restablecidas del violento sacudimiento que el régimen del terror impuso á cuanto en Francia existia, tomaron el título de *Escuelas de economía rural veterinaria*, que se armoniza mejor con su organizacion y objeto.

Napoleon reconoció muy luego el gran puesto que debia ocupar la enseñanza veterinaria. Por sus órdenes los oficiales del ejército seguian los cursos de hipiátrica en Alfort y en Lyon, y se agregaron á las escuelas yeguerías de experimentos. Finalmente, por un decreto imperial del 15 de julio de 1813, se constituyó de nuevo la escuela de Alfort, quedando con la supremacia sobre la otra. Las dos escuelas se fundaron una para formar *herradores veterinarios* y otra para *médicos veterinarios* que seguian el curso completo de los estudios. Sin embargo, solo dos disposiciones se conservaron de este decreto, la que creaba el *jurado de examen compuesto de profesores*, y la que prescribia las *condiciones* para entrar en la escuela. Posteriormente se añadieron cátedras.

Indicada la historia de la institucion, diremos lo que es Alfort, su objeto, su organizacion interna, su enseñanza, sus tendencias, su utilidad como establecimiento especial y como establecimiento agronómico.

El número de alumnos en la escuela de Alfort, no puede pasar de 250. Entran anualmente unos 80 despues de haber sufrido los exámenes que prescribe un



ESCUELA DE VETERINARIA DE ALFORT. — El anfiteatro.

reglamento especial del ministro. Cada año reciben el diploma de médico veterinario unos 50.

En el número que acabamos de citar se comprenden 40 alumnos militares que, después de los estudios, ingresan en los diversos regimientos del ejército, con el título de ayudantes veterinarios y el grado de aposentadores. Se paga un tanto al año.

Los alumnos salen los domingos y días festivos; pero han de volver á las nueve en el invierno y á las diez en verano.

Una vez que les declaran aptos para entrar en el establecimiento después de haber pasado el examen preliminar, los alumnos siguen cuatro años los cursos. Al fin de cada año escolar hay exámenes para el curso siguiente. Los que no han respondido de un modo satisfactorio, doblan el año, y si otra vez salen rechazados, son excluidos de la escuela como incapaces.

Los cursos comprenden, química y física aplicados al arte veterinario, botánica y anatomía, con las ciencias dependientes como osteología, conocimiento de las enfermedades de los nervios y de las articulaciones, patología interna, terapéutica y cirugía veterinaria.

A estos cursos hay que añadir el de jurisprudencia veterinaria que hace cada año el director de la escuela.

Vastas caballerizas que se extienden en dos líneas paralelas á derecha é izquierda del anfiteatro de las demostraciones anatómicas, encierran los caballos enfermos que llevan á que los curen en la escuela, y por los cuales se paga un tanto al día. Cada alumno tiene un caballo que cuidar y todos los días da cuenta de su estado y de los resultados obtenidos. Las operaciones se hacen en el anfiteatro y sirven así cada vez de texto para una lección clínica. Las enfermedades de las patas son las que ofrecen más frecuentes aplicaciones. Los caballos de tiro abundan entre estos enfermos. Otra caballeriza está destinada á los caballos abandonados ó declarados incurables. Finalmente, al extremo del parque hay otra para los que tienen el muermo u otras enfermedades contagiosas.

Encima de una de estas caballerizas se hallan las salas que contienen las colecciones. En estas colecciones se ven numerosos casos de enfermedades de los huesos, y de enfermedades intestinales, producidas por cálculos de los cuales algunos tienen un volumen prodigioso. La experiencia y los progresos de los estudios químicos, han hecho reconocer que estas últimas enfermedades se encontraban principalmente en los caballos de los molineros, alimentados generalmente con salvado, á causa de la presencia del fosfato amoniaco-magnesiano que recela esa sustancia alimenticia.

En un edificio separado sobre las cocinas y el refectorio, están los dormitorios con camas de hierro. Los alumnos se reparten por grupos de seis. Alternativamente barren y limpian el cuarto común, que contiene además para cada alumno un armario de guardar ropa.

En la escuela hay un jardín botánico dividido en dos partes; una para el cultivo de las plantas más usadas

en medicina y otra para las que se emplean exclusivamente en la farmacia veterinaria. En una de estas partes del jardín está la máquina hidráulica de Perrier que trae el agua del Marne y la distribuye por todo el establecimiento. Detrás se extienden algunos campos en los que siembran cereales y donde se cultivan varias plantas de forraje.

Al lado del jardín botánico hay un gran cobertizo donde se tratan las enfermedades de los perros. Los animales rabiosos se ponen aparte y están encerrados con llave.

Por último, la escuela contiene también un departamento para los cerdos, que se alimentan económicamente con los restos de los animales que matan. Este departamento sirve también de instrucción á los alumnos que tienen así frecuentes ocasiones de practicar la castración.

Debemos decir ahora algunas palabras sobre la fragua, cuyas disposiciones se hallan perfectamente combinadas.

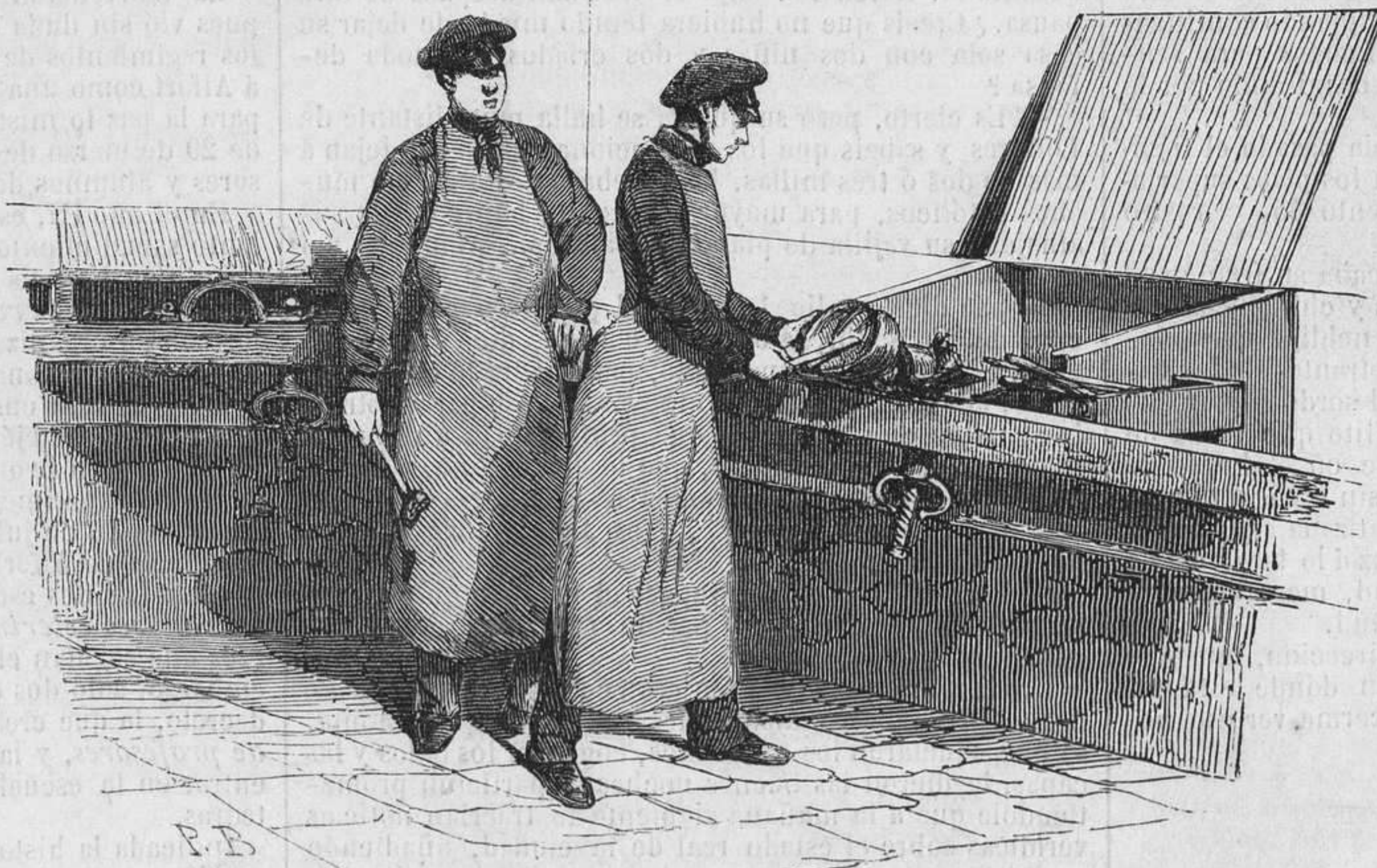
Contiene seis hornos dobles de dos fuegos. Los alumnos forjan allí alternativamente de dos en dos por orden alfabético.

Al lado de la fragua están las salas de disección, en donde se ejercitan los alumnos. Esta operación se hace sobre mesas de hierro que tienen cuatro ruedecillas.

En los cuatro ángulos hay agujeros, en los cuales introducen barrotes de hierro para atar á los animales; ordinariamente los matan por la efusión de sangre, á fin de hacer la disección más fácil.

La escuela posee una capilla en la parte del establecimiento en donde están las habitaciones de los profesores; pero sin capellán especial. Un sacerdote extraño al establecimiento celebra el servicio divino los domingos y días de fiesta.

Tal es en todas sus partes la escuela de Alfort; tal es el conjunto de las construcciones que contiene, donde se da en todas sus formas la enseñanza veterinaria. Es la primera escuela especial de Francia, y los alumnos que salen de ella contienen, gracias á sus conocimientos y capacidad su merecida fama.



ESCUELA DE VETERINARIA DE ALFORT. — Alumnos trabajando.